

Manuel Guzmán Maturana

Cuentos tradicionales en Chile

II.—CUENTOS DE MIS COMPADRES

Mis compadres

Mis compadres son tres. Aunque parezca mentira, la verdad es que se llaman José Manuel, Manuel Josías y Víctor Manuel. De cuando en cuando aceptan mi invitación y me acompañan a pasar algunos días en el campo. Las noches largas, la escasez de diversiones fuera de la casa, el deseo de entretener a la gente menuda y el afán que tengo de recoger estas preciosuras que son los cuentos populares, me han llevado a inventar ciertas veladas en que cada uno contribuye con un cuento o con un chascarrillo.

Allá van algunos botones para muestra. Y como hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, para que mis compadres no crean que me visto con plumas ajenas indicaré lo que a cada cual le corresponde.

TRES CUENTOS DE MI COMPADRE JOSE MANUEL

MISERIA Y POBREZA

Cuando Jesús andaba con San Pedro propagando su doctrina, para lo cual tenía que atravesar por yermos y despoblados, tuvo que allegarse a una aldea, porque a la burrita que montaba se le había caído una herradura. Preguntó si por allí había algún herrador, y le dieron noticias del maestro Miseria; pero le advirtieron que seguramente no querría atenderlo, porque, aunque pobre, era sumamente flojo y muy caprichoso. Trabajaba de tarde en tarde y sólo cuando estaba de buenas, que era en raras ocasiones; vivía alejado de la aldea, sin más compañía que una perrita, a quien llamaba Pobreza.

Rengueando la burrita y seguido de San Pedro, Jesús se encaminó al rancho del Maestro Miseria, que con este nombre por todos era conocido. Con gran sorpresa de Jesús y Pedro, Miseria hizo el trabajo de muy buena voluntad y en menos que canta un gallo, cambió la herradura a la burrita y de yapa, le revisó bien las otras, por si algún clavo les faltaba.

Terminado el trabajo, Jesús quiso pagarle; pero Miseria, creyéndole muy pobre, a juzgar por la túnica que llevaba, vieja y sucia con el polvo del camino, le dijo que nada le debía y que no quería cargar su conciencia cobrándole a quien parecía más menesteroso que él mismo, no obstante que todos lo llamaban el maestro Miseria. Jesús insistió en que debía cobrar su trabajo y aceptar la paga; que si bien era cierto que no era rico y vivía de las dádivas del pueblo, éstas le alcanzaban para pagar aquel servicio, hecho tan oportunamente y con tan buena voluntad. Pero toda insistencia fué inútil, porque Miseria se negó a recibir ningún dinero. Entonces Jesús, muy

agradecido, se dió a conocer y le dijo que, ya que no aceptaba remuneración por su trabajo, le pidiera tres mercedes y se las concedería.

Sin asombrarse poco ni mucho, Miseria se quedó pensando un momento, como si dudase qué gracias solicitar. San Pedro quiso ayudarlo a salir del apuro, se acercó y le dijo al oído:

—Pide el cielo, Miseria; pide el cielo.

Como si hubiera estado sordo, Miseria salió de su meditación y dijo a Jesús:

—Ha de saber, Señor, que muchos ociosos vienen a quitarme el tiempo que dedico a mis trabajos y no se cansan de hurgar y registrarme las herramientas y cachivaches que guardo en el taller. Para obligarlos a que se estén quietecitos, quisiera que el que se siente en ese sillón (y le mostraba el viejo y desvencijado que ocupaba San Pedro) no se pare sin mi permiso.

—Concedido, le dijo Jesús; pide la segunda merced.

Miseria se puso de nuevo a pensar y San Pedro de nuevo empezó a soplarle al oído que pidiera el cielo; pero el maestro, sin darse por entendido, después de un rato, levantó la cabeza y dijo a Jesús:

—Pues ha de saber, Señor, que casi mi único alimento consiste en los frutos de una higuera que tengo en mi rancho. Como da en abundancia dos veces al año, bastaría para sustentarme; pero es el caso, que los vecinos me roban las brevas y los higos. Quisiera, pues, para castigar a los ladrones, que el que suba a la higuera no pueda bajar sin mi permiso, y también desearía una *gurupita* donde quepan los higos que guarde para el invierno y todo lo que yo quiera meter en ella.

—Concedido, le dijo Jesús. Pide la tercera merced.

Otra vez Miseria se quedó pensando y otra vez San Pedro insistió, tirándole de la chaqueta y hablándole al oído, en que no fuera lesa, que pidiera el cielo, puesto que así aseguraba su eterna salvación. Miseria no se dió por entendido y volviéndose a Jesús, le dijo:

—Aunque todos me tienen por flojo, ha de saber, Señor, que mis quehaceres son muchos y mi descanso es poco. Me siento a veces a reposar y no falta un intruso que llegue a importunarme; entonces tengo que abandonar mi asiento y levantarme para atenderlo. Quisiera, pues, para descansar a mi regalado gusto y aún en contra de mi voluntad, que donde yo me siento no me pare nunca.

—Concedido, le dijo Jesús.

Muy enojado y tirándose las pocas mechas que le quedaban, San Pedro se levantó de su asiento, murmurando:

—Vámonos, Señor, que se nos va haciendo tarde. Y refunfuñaba por lo bajo: —Viejo leso... Se va a ir a los profundos infiernos... Tanto que le dije que pidiera el cielo...

*

Jesús y San Pedro siguieron su camino.

Faltaba poco para la media noche, cuando Miseria salió al patio de su rancho, hizo un círculo en el suelo, se puso en el centro y llamó al Diablo para hacer pacto con él. Apenas había sonado la última campanada de las doce, cuando apareció el Demonio, muy elegante, disfrazado de caballero, con fraque negro, pantalón corto de color rojo, medias de seda y zapatillas de charol; la barba en punta, los bigotes retorcidos, peinado y partido al medio, con cachirulos por los lados para disimular unos cachitos como de cabro que apenas se le divisaban; un pedacito de cola le aparecía por entre los faldones.

Miseria convino con el Diablo en que le daría su alma a diez años plazo en cambio de diez mil pesos. El Diablo se guardó el contrato que Miseria había firmado con su propia sangre y desapareció.

Desde entonces el maestro empezó a llevar una vida rumbosa, inexplicable para los vecinos y que por ellos fué atribuída a milagro de Jesús.

No hay plazo que no se cumpla, deuda que no se pague ni amor que no tenga fin, y pasaron los diez años y el Diablo llegó a exigir el cumplimiento de su pacto. Sin poner ningún reparo ni hacer resistencia la que menor, Miseria le dijo que tomara asiento en el único sillón que tenía, mientras él arreglaba sus cosas para acompañarlo. Se sentó el Diablo... y Miseria se fué a la fragua, calentó un fierro al rojo vivo y con él empezó a pincharlo, sin que el Diablo pudiera moverse del sillón en que permanecía clavado. Como si los pinchazos fueran poco, le animó a la perrita, que se llamaba Pobreza, la cual no se daba punto de reposo mordiéndole las pantorrillas y los talones, y a veces el pobre Diablo tenía que defenderse a dos manos, porque le saltaba a la cabeza y a la cara. Eran en balde los esfuerzos que hacía para evitar aquel granizo de dente-

lladas y pinchazos, hasta que suplicó al maestro que lo librase de tan cruel martirio y le dijera qué quería de él.

—Diez años más de vida y otros diez mil pesos, le dijo Miseria.

—Concedido, concedido, le contestó; pero líbrame luego de este suplicio.

Apenas Miseria lo puso en libertad, el Malulo las echó más que ligero, rescoldeándose y sobándose las partes doloridas, y quedó convidado para no volver nunca más donde aquel hombre que había salido más diablo que él mismo.

*

Miseria siguió dándose la gran vida con los nuevos diez mil pesos, hasta que llegó el vencimiento del plazo convenido.

Gran alboroto se produjo entonces en el Infierno. El Diablo mayor no se atrevió a venir en persona a reclamar el cumplimiento del convenio y mandó a la mitad de sus compañeros en busca de Miseria, recomendándoles que por nada del mundo se fueran a sentar en el sillón desvencijado, porque no la sacarían muy bien. (Al Diablo mayor le daba vergüenza contar lo que le había pasado...).

Como una nube de langostas, los diablejos se dejaron caer en el pobre rancho de Miseria, a quien encontraron que estaba muy tranquilamente comiéndose una canastada de brevas.

—Ya sé a qué vienen, les dijo. Me tienen a sus órdenes. Al buen pagador no le duelen prendas... Estoy listo para el viaje. Sólo les pido que me dejen acabar este canastito de brevas, que están fresquecitas, recién tomadas de la mata.

Los diablejos estaban ardiéndose de calor, como que venían saliendo de las llamas del mismísimo Infierno, y se les hacía agua la boca al ver a Miseria devorando aquella fruta que parecía estar deliciosa y que ellos no conocían. Después de un rato de espera y cuando notó que los diablos estaban ya tragando saliva, Miseria les dijo:

—¿No quieren servirse unas brevas para pasar la calor? La higuera está que se desgancha sola... Suban no más con confianza; hagan cuenta que están en su casa... Para todo hay tiempo... En seguida los acompañaré...

¡Qué más se quisieron los diablejos! Llegaban a atropellarse por ser de los primeros en subir a la higuera. Se veían

como racimos y se pusieron a engullir las brevas con cáscara y todo.

Mientras tanto, Miseria se fué a la fragua y se puso a calentar un largo fierro, con el cual empezó a pinchar a los diablos. De balde éstos hacían poderosos empeños para bajar del árbol; lo más que lograban era saltar de rama en rama; pero allá los perseguía el fierro caliente de Miseria que los hacía aullar de dolor, hasta que al fin el Diablo-jefe le preguntó qué pretendía con hacerlos sufrir de aquella manera.

—¡Diez años más de vida y otros diez mil pesos!

—Convenido, le dijo, y le dejó caer una bolsa con esa cantidad de dinero.

Sólo entonces Miseria les permitió bajar, y los diablos las echaron desesperados para el Infierno, azuzados por Pobreza, que les mordía furiosamente los talones.

*

Y Miseria volvió a darse gusto durante diez años con los diez mil pesos. Al término del plazo, todos los diablos del Infierno vinieron a buscarlo. Fatigados del largo viaje, y viendo que Miseria no oponía resistencia para acompañarlos, se pusieron a descansar. En esto estaban, cuando Miseria les dijo:

—¡Buen dar con lo cansados que vienen!... Si ustedes quisieran, yo los podría llevar sin molestia alguna hasta las mismas puertas del Infierno...

—¿Y cómo?—le preguntaron, interesados por ahorrarse el cansancio del viaje.

—Métanse en esta *gurupita*...

Los diablos soltaron la risa al oír la inocentada de Miseria, que quería meterlos en aquella *gurupita* en que no cabía ni la mano de uno solo.

—Yo me comprometo a hacerlos caber a todos... A ver: haga la prueba el más valiente.

Por no ser menos que ninguno, todos se atropellaban por meterse... Y la verdad fué que, unos después de otros, todos se metieron a la *gurupita* y la *gurupita* a todos se los iba tragando. Sólo el Diablo que hacía de jefe, más receloso y desconfiado, no quería entrar.

—¡Vaya, le dijo entonces Miseria, tan diablo que lo han

de ver y no se atreve a meterse en mi gurupita!... No será tan bravo el león como lo pintan... Apuesto a que no es capaz de achicarse como sus compañeros...

Picado en su amor propio y no queriendo ser menos que sus subordinados, el Diablejo se hizo el chiquitito y se metió de cabeza en la gurupita.

Inmediatamente Miseria amarró bien la boca, se fué al yunque y empezó a dar de martillazos a todas sus fuerzas. La gritería de los diablos era espantosa, y llegó a tal punto, que la sintieron algunos vecinos y alarmados salieron a la calle; pero, como el bullicio fué cesando poco a poco, creyeron que se trataba de alguna de las muchas rarezas del maestro Miseria, y se volvieron a sus casas. Miseria seguía machucando, machucando, hasta que la *gurupita* quedó reducida al tamaño de una moneda, y muy satisfecho, se la guardó en el bolsillo.

*

Desde entonces el mundo cambió: las mujeres dejaron de ser coquetas, los hombres abandonaron sus vicios, los frailes ya no explotaron más a los ignorantes y fanáticos, y los abogados, tinterillos y receptores, que viven de la enemistad humana, no tuvieron ya enredos en que meterse, y principiaron a padecer y a morir de hambre.

Como la vida se hacía imposible en tales condiciones, los grandes del pueblo se reunieron en la plaza pública para cambiar ideas sobre las calamidades que se les habían venido encima y acordar las medidas que pudieran salvar la situación.

Después de mucho pensar y discurrir, uno de los asistentes llamó la atención de los demás acerca de la vida misteriosa que desde hacía tiempo llevaba Miseria, siempre encerrado en su rancho, sin otra compañía que su perrita llamada *Pobreza*; otro se acordó de las extrañas visitas que de tiempo en tiempo recibía; un tercero hizo notar lo rumboso y gastador que había sido en los últimos años, a pesar de que casi nunca trabajaba, y por fin, otro contó que una vez, al pasar frente a su casa, le habían llamado la atención unos alaridos espantosos, que poco a poco se fueron apagando hasta quedar en completo silencio.

Todo esto aparecía demasiado misterioso y requería una explicación de parte de Miseria ante los notables del pueblo.

Lo mandaron llamar con el único policía que tenían y cuando estuvo en presencia de ellos, por toda contestación a las preguntas que le hacían, sacó la *gurupita* que llevaba guardada en el bolsillo y les dijo que ahí tenía encerrados a todos los diablos del Infierno. Comprendieron que a eso se debía que hubiera tanta justicia y tranquilidad en el mundo y convencieron a Miseria de que debía poner a los diablos en libertad para que volvieran las diferencias, las envidias, los celos, las enemistades y los rencores y cada uno pudiera hacer de nuevo su negocio.

Desde el interior de la *gurupita*, los diablejos oían la discusión de los notables y estaban muy contentos, porque comprendían que se acercaba el instante en que Miseria pondría término a tan horrible cautiverio.

Al fin, éste accedió a lo que le pedían siempre que el Diablo-jefe le concediera igual cantidad de dinero que en las veces anteriores y el pacto se renovara por plazo indefinido. Deseosos los diablos de recuperar su perdida libertad, consintieron en las condiciones que Miseria ponía: se abrió la *gurupita*, salieron atropelladamente y otra vez se esparcieron por el mundo a derramar toda clase de calamidades.

*

Pasaron muchos años. Miseria, viejo y pobre, porque ya había gastado los últimos diez mil pesos, resolvió morirse. Mató a su compañera, la perrita Pobreza, y en seguida emprendió el viaje para el otro mundo; pero antes de llegar arriba, se puso a reflexionar a dónde, en justicia, le correspondía irse.

«Si me voy al cielo, se decía Miseria, San Pedro me reconocerá, se acordará de que no quise seguir sus consejos y me dará con la puerta en las narices... No me corresponde el Purgatorio, porque la verdad es que nada tengo que purgar... Es al Infierno donde debo irme, puesto que vendí mi alma al Diablo...».

Y para allá se dirigió, resignado a su suerte, resuelto a cumplir su compromiso y seguido de cerca por su perrita Pobreza, que no le perdía pisada.

El Infierno es un edificio inmenso, con grandes rejas y portones de fierro negro; continuamente salen de él llamas enormes y desde lejos se percibe un olor a azufre insoportable.

El portón principal tiene una pequeña puerta con una ventana en la parte superior, por donde el Diablo portero mira a los que golpean.

Cuando éste divisó a Miseria, lo reconoció al instante y en vez de abrirle, echó a la puerta cerrojo y cerrojillo y corrió a dar la voz de alarma a todos sus compañeros para que ninguno se dejara engañar por aquel hombre que era más diablo que todos ellos juntos. Resolvieron esconderse y se dejaron caer de cabeza en los calderos de pez hirviendo, que para ellos viene a ser como si se dieran un baño de agua florida.

En vano Miseria aguardó que le abrieran. Al fin, cansado de tan larga espera, resolvió ir a golpear a las puertas de la Gloria, por si allá le hacían mejor recibimiento a él y a su compañera.

La Gloria es una mansión enorme de murallas y puertas muy albas; continuamente desde adentro se esparcen por todos los contornos melodías de los más variados instrumentos y cantos de ángeles, arcángeles y serafines.

Cuando San Pedro abrió a medias la puerta al llamado de Miseria, al momento lo reconoció y de indignación se le llegaron a poner de punta los cuatro pelos que se le veían en la calva.

—¡Ah! ¿Tú eres el maestro Miseria? le dijo. ¿Y tienes cara de aparecerte por aquí poniendo esos ojos de carnero ahogado y haciéndote el santo mocarro? ¿No te dije repetidas veces, viejo testarudo, que pidieras el cielo? ¡Friégate ahora por lesa!

Y quiso cerrarle violentamente la puerta; pero Miseria, que veía venir el portazo, alcanzó a meter adentro medio cuerpo, seguido de su perrita, Pobreza, que también quedó mitad adentro y mitad afuera. No pudo, pues, Miseria, satisfacer cumplidamente su pensamiento, que era habérselo entrado a San Pedro por la fuerza y ocupado su sillón, de donde ni el mismo Jesús habría podido moverlo, porque así se satisfacía la tercera merced que en la tierra le había concedido.

Quedaron, pues, Miseria y Pobreza mitad afuera y mitad adentro de las puertas de la Gloria, y por eso en el mundo siempre irán juntas alegrías y tristezas, lágrimas y risas, y nunca dejará de haber pobres y ricos, felices y desgraciados.

Y colorín colorado,
este cuento se ha acabado.

EL REINO DE LAS ADIVINANZAS

A).—La Corte adivinadora

Este era un Rey que había llegado a la ancianidad gobernando a sus súbditos como los patriarcas gobernaron a sus tribus: justiciero y bondadoso con todo el mundo, era el consuelo de los afligidos y el paño de lágrimas de los pobres, aunque la verdad es que los había en escaso número, porque aquel venturoso país tenía en sus montañas abundantes minas de diamantes, oro, plata y cobre; sus suelos, profundos y feraces, favorecidos por un clima sin estaciones extremas y por caudalosos ríos navegables, producían dos y tres cosechas al año, de modo que la pobreza era desconocida, y de sus habitantes, el que menos, guardaba los productos necesarios para su ordinario sustento.

Esto mismo contribuía a que el Rey hubiera vivido siempre en paz con sus vecinos, puesto que, teniéndolo todo, nada ambicionaba de más allá de sus fronteras. Llegó así a producirse tal situación de holgura y tranquilidad, que ni el Rey, ni los Ministros, ni los grandes de la Corte tenían mayores actividades en qué entretener sus ocios y se estaban desarrollando, en forma alarmante, los afanes por el lujo y las costumbres licenciosas, que es a donde descienden los pueblos y las familias cuando la naturaleza brinda sus dónes en manera fácil y con excesiva prodigalidad.

Estos extremos desvelaron más de una noche a S. M., deseoso de encontrar una ocupación que absorbiera el tiempo de sus Ministros y de su propia familia. El mismo Rey sentía la necesidad de distraerse en algo, y al fin creyó dar en el clavo una vez que el menor de sus hijos llegó hasta él para decirle que le descifrara una adivinanza que lo tenía intrigado.

A esta primera siguieron otras y otras adivinanzas, en forma que S. M. pasaba las horas muertas en su gabinete interpretando cuantas llegaban a su conocimiento, ya por intermedio de sus hijos, que eran nada menos que doce, seis hombres y seis mujeres, ya por intermedio de los demás personajes de la Corte que poco a poco iban dando muestras de interesarse por el asunto, algunos por verdadera afición, otros

por halagar al Rey, y los más, por seguir la moda que se había infiltrado en todas las esferas del Gobierno.

Al fin, esto de las adivinanzas llegó a ser una verdadera chifladura del Rey, de su familia y de los cortesanos. Las enormes bibliotecas de palacio fueron olvidadas por completo; el polvo y las telarañas se enseñorearon en los volúmenes que trataban de finanzas, justicia, enseñanza y legislación, y en su reemplazo, se fué formando otra estantería, cuyos anaqueles se repletaron con grandes volúmenes que contenían, por orden alfabético, cuantas adivinanzas llegaban a conocimiento de la Corte.

Fué tanta la manía de S. M., que una vez llamó a su despacho privado a los Ministros del Interior, de Guerra y de Hacienda Pública, los hizo arrodillarse ante él y les fué diciendo sucesivamente, al tiempo de consagrarlos con un gentil espaldarazo:

—Desde hoy no te ocuparás más con los asuntos de régimen interior, o de la guerra, o de la hacienda. Tú, y se dirigió al primero, tendrás a tu cargo las adivinanzas cuya solución caiga entre las letras A y J, y te llamarás *Ajota*; tú, y se dirigió al segundo, las comprendidas entre la K y la O, y te llamarás *Kañó*, nombre que también conviene a tus actividades guerreras; y tú, dijo, refiriéndose al de finanzas, tendrás a tu cargo desde la P hasta la Z, y te denominarás *Pezeta*, nombre que creerán te ha sido dado por tus funciones de Ministro de Hacienda. Organizad vuestras comisiones con 13 miembros cada una, número cabalístico y de mala reputación, que servirá para infundir supersticioso respeto a los ignorantes y los necios. Retiraos y asumid cuanto antes vuestras altas funciones de *Ministros Adivinadores*.

Desde entonces, *Ajota*, *Kañó* y *Pezeta* se pusieron fervorosamente a organizar sus comisiones y a iniciar tan importantes trabajos. Cada uno de ellos tuvo a sus órdenes a cuatro de los príncipes, dos hombres y dos mujeres, los cuales, con sus correspondientes secretarios, componían una Comisión de trece personas, que estudiaban, solucionaban, catalogaban y archivaban todas las adivinanzas.

En un salón inmenso, dividido en tres compartimentos, se había instalado el Gabinete de las consultas, cada sección presidida por uno de los Ministros.

Y así ocurrió, pues, que los asuntos de Gobierno fueron abandonado por completo. Mas de una vez vinieron comisiones

de notables a reclamar de los malos manejos de la cosa pública y el Rey los recibía al parecer completamente abstraído en el asunto que le proponían, convocaba luego a la Comisión presidida por *Ajota*, *Kañó* o *Pezeta*, según se tratara de régimen interior, guerra o hacienda, y horas de horas se pasaban en el Gabinete de las Consultas proponiéndose toda clase de adivinanzas, sin acordarse poco ni mucho del asunto que les había sido propuesto. Después de tan larga espera, aparecían ante los notables y el Ministro les decía con suma gravedad:

—Hemos estudiado detenidamente el difícil problema que habéis sometido a nuestra consideración, sin que hayamos encontrado la respuesta precisa que más convenga a los bien entendidos intereses del reino. Seguiremos considerando tan arduo problema y os enviaremos la contestación.

Los notables se retiraban muy satisfechos... y se quedaban esperando la respuesta. El Monarca y sus Ministros no tenían tiempo más que para buscar, solucionar y catalogar adivinanzas. De aquel ímprobo trabajo resultó: que el Ministro *Ajota* tuvo archivadas 555,555 adivinanzas; el Ministro *Kañó*, 333,333, y *Pezeta*, 444,444, cantidades que daban la suma de 1.333,332. Hacía tiempo que no se avanzaba un ápice más allá de este número. Se habían agotado las adivinanzas. Ya no había ni una más que catalogar.

*

¡Y qué variedad enorme contenían los archivos! Desde las más sencillas e infantiles hasta las más escabrosas, picarescas y complicadas.

La letra A empezaba con aquella que dice:

«Soy la primera en el *alba*, (1)
soy la segunda en el *mar*,
en la *luna* soy la cuarta
y en el *sol* no me han de hallar».

Hurgando un poco más, se encontraban las sencillas e infantiles:

(1) Estas adivinanzas—menos las marcadas con x—están tomadas de *Adivinanzas corrientes en Chile*, recopiladas por Eliodoro Flores. Imp. Cervantes. 1911.

«Pica y no saca sangre» (Ají).

«Soy clara y espero yema» (Huevo). (x)

«Mientras más cerca más lejos; (x)
mientras más lejos, más cerca.» (La cerca).

«*Cal* tiene por nombre
y *Zeta* por condición.» (Calceta).

«La mujer del quesero, ¿qué será?
y el negocio que tenía, ¿qué sería?»

«Blanca soy, del agua nací,
pobres y ricos
comen de mí». (Sal).

«Una vieja larga y seca
que le corre la manteca.» (La vela).

«No es soldado
y llega a cabo.»

Después se encontraban algunas equívocas y picarescas,
como:

«¿Quién es aquella mujer
muy aguda y muy lucida,
que vestida es muy cobarde
y valiente sin camisa?» (Espada)

«Milongo, milongo, (x)
de día la saco,
de noche la pongo». (La tranca).

«Tronco de higuera, (x)
flor de zapallo,
tonto baboso,
cara e caballo». (La tuna).

«Tira el pelo y chilla el huevo». (La calva) (x).

«Mi tía va, mi tía viene (x)
y donde mismo se entretiene» (La puerta).

«Una morenita en su cueva, (x).
¡chis! sale pacá; ¡chis! sale pallá,
y siempre queda encerrá». (La chapa).

Y también había muchas verdaderamente arrevesadas, cuya solución había costado fuertes dolores de cabeza a las respectivas comisiones, como ser:

«Tengo cabeza redonda
sin nariz, ojos ni frente,
y mi cuerpo se compone
tan sólo de blancos dientes». (Ajo).

«Dios me dió un pozo
y para él me dió un lazo
que estirado no alcanza
y doblado sobra». (Boca y Brazo).

«Adentro de un árbol seco
había una ingliflafa
con siete inglafitos,
y yo por insanglificarla
me inglafilé el ingliflafa». (Colmena, abeja, miel.)

«Cien redonditos,
y un redondón,
un mete y un saca
un quita y un pon». (Horno).

«A mi casa entró una niña,
un galán entró con ella,
no se fué ni se quedó,
ni se supo qué fué de ella». (Vela).

«Una niña de rubios cabellos,
le gusta el baile, lo limpio y lo bello». (Escoba).

*

No había, pues, ya nada que hacer en cuanto a adivinanzas: el material estaba agotado. El Rey, los Ministros,

los príncipes, los secretarios, se aburrían soberanamente y se quedaban dormidos encima de los enormes mamotretos, que de continuo volvían a pasar y repasar.

El Rey convocó entonces a un Consejo para dilucidar aquella cuestión que los tenía tan preocupados. Después de ardua deliberación, resolvieron publicar un bando ofreciendo grandes recompensas a quienes les propusieran adivinanzas que ellos no pudieran interpretar. El primer premio consistía en una talega de oro; el segundo, en conceder una gracia que se solicitara, y el tercero, que era el más importante, en la mano de una de las princesas para quien propusiera tres adivinanzas que quedaran sin solución; pero si fracasaban, el Rey les mandaría cortar la cabeza.

B).—Los tres rompecabezas

Pasaba el tiempo, pasaba el tiempo y nadie acudía ante los Ministros en demanda de alguno de los premios ofrecidos: tal era la fama de la Corte adivinadora, que ninguno, a pesar del incentivo de los premios, quería exponerse a perder la cabeza.

La noticia se fué esparciendo por todo el reino y llegó a oídos de un tonto, quien, en medio de su ignorancia, tuvo la osadía de encaminarse al palacio para ver si se ganaba la talega de oro. Y lo curioso era que ni sabía adivinanzas ni tenía idea de lo que iba a hacer.

—Yo tengo que ganarme la talega de oro, se dijo, y las echó muy determinado.

Por ahí se detuvo a contemplar a un *nuco* que estaba pisando a una *nuca*, mientras un corderito alejado de la oveja estaba balando que se las pelaba.

—¡Vaya! pensó el tonto. Parece que ya va saliendo la adivinanza: «Nuco sobre nuco y un mée».

Siguió su camino y al llegar a los graneros del Rey, vió que unos hombres estaban ensacando porotos. Preguntó qué hacían y uno de ellos le contestó:

—No vé que estamos echando en los sacos estos porotos pallares...

—Bien, se dijo el tonto: «pallares y pallares dentro del saco», y siguió adelante.

Al pasar frente a la cocina real, le llamaron la atención los chirridos de la sartén en que estaban haciendo una fritanga.

—¡Ya está! «¡Chirrín, chirriaco!», se dijo el tonto, y valientemente llegó a las puertas de palacio.

*

No poco le costó para que los guardas lo atendieran y sólo se allanaron a anunciarlo, cuando se dieron cuenta de que se trataba de proponer una adivinanza desconocida a la consideración del Rey y de sus Ministros.

El tonto fué recibido en el gran Salón de las Consultas. El Rey presidía la reunión desde su elevado trono y los Ministros *Ajota*, *Kañó* y *Pezeta*, sentados a la cabecera de cada una de las tres mesas, teniendo a su derecha e izquierda a las princesas, príncipes y secretarios, esperaban impacientes la adivinanza que aquel andrajoso desconocido iba a proponerle.

—¿A qué vienes?—le preguntó el Rey.

—A llevarme la talega de oro, le contestó el tonto.

—¿Sabes que si interpretamos la adivinanza la cabeza te cuesta?

—Si sabo, Su Sacarreal Majestá.

—Pues bien: dílo entonces.

Y el tonto dijo:

«Nuco sobre nuco y un mée,
pallares y pallares dentro del saco
y al llegar donde mi Rey,
chirrín, chirriaco».

Al oír tal adivinanza, todos se quedaron de una pieza; al Rey se le pusieron de punta los cuatro pelos que le quedaban en la calva; al Ministro *Ajota*, que era bastante aficionado al guachucho, se le tornó la nariz colorada como brasa; el Ministro *Kañó*, que tenía los ojos encendidos y lacrimosos de tanto consultar sus pergaminos, empezó a pestañear seguidito, y a *Pezeta* le bajó un temblor de dedos, brazos y piernas, como si estuviera epiléptico. Con cara de bobo, el Rey miraba a *Ajota*, *Ajota* a *Kañó*, *Kañó* a *Pezeta*, *Pezeta* a sus ayudantes, éstos a los otros y los otros a los de más allá, sin que a ninguno se le ocurriera una palabra que disipara un poco aquella atmósfera de plomo.

Al fin, el Rey se le ocurrió preguntar:

—¿Qué hay, Ajota?

—De A a J... nada S. M.

—¿Qué hay, Kañó?

—De K. a O., nada, S. M.

—¿Qué hay, Pezeta?

—De P a Z., nada, S. M.

—¡Nada! repitió el Rey con voz desfallecida.

—¡Nada! hicieron coro los tres Ministros, y

—¡Nada! repitió el eco de las princesas, los príncipes y los secretarios.

—Explica tu adivinanza, ordenó entonces el Rey, dirigiéndose al tonto.

Este dió la solución que se le pedía, el Rey mandó que se le entregase la talega con oro, dispuso que la nueva adivinanza fuera estampada en todos los archivos y suspendió violentamente la reunión. Los Ministros se levantaron sin proferir palabra. A pasos contados y con la cabeza gacha, silenciosos salieron de la sala.

*

Pero empezaba a llover sobre mojado, Al día siguiente, una pobre mujer con una guagua en brazos solicitaba empeñosamente que la llevaran a presencia del Rey y de sus Ministros, porque tenía una adivinanza que proporcionarles. No obstante las contrariedades del día anterior por el fracaso que habían experimentado, tuvieron que recibirla y oír la adivinanza, que era así:

«Hace tiempo que fuí hija
y hace poco, siendo madre,
he criado a un hijo ajeno
que es marido de mi madre.
Adivínalo, buen Rey,
o devuélveme a mi padre».

Nueva estupefacción. Los Ministros no se atreven a mirar al Rey y éste rehuye el interrogarlos, porque está seguro de que tal enigma no se contiene en ninguno de los fabulosos cartapacios que se guardan en los archivos. Pero es necesario salir del paso y hace una señal a Ajota, quien, más colorado

que nunca, contesta ¡Nada! y en pos de él, ¡Nada! dice el lacrimoso Kañó y ¡Nada! por fin, el epiléptico Pezeta.

¡Por segunda vez fracasaba la sabiduría del millón y medio de soluciones que contenían los célebres cartapacios del reino!

—Explica tu adivinanza, le dijo entonces S. M., a la mujer.

—Ha de saber, S. M., que hace seis meses mi padre fué condenado a morir de hambre en castigo por un crimen que él no cometió. Y lo encerraron en una celda con gruesos barrotes de fierro para que ahí sufriera la más cruel de las agonías. La piedad del carcelero me permitió que lo visitara todos los días poco después que esta guagua vino al mundo, y desde entonces—¡oh, buen Rey!—he alimentado con mi leche al hijo a quien he dado la vida y al padre a quien yo debo la existencia. Nadie se ha impuesto de este engaño y todos atribuyen a milagro el que mi padre todavía no haya muerto. Esta es la solución del enigma y ahora espero la recompensa: confirme S. M. el milagro y devuélvame a mi pobre padre.

Todos se enternecieron al oír el relato de aquella santa mujer y el Rey le dijo:

—La sola acción que has realizado, buena mujer, merece como premio la libertad de tu padre. Agregó a ella una bolsa de plata y un empleo permanente para él y para tí entre mis servidores de palacio.

Y en seguida, dirigiéndose a sus Ministros, agregó:

—No importa que esta vez hayamos perdido, porque hemos hecho una buena obra. Retirémosnos en paz.

Y ahora, Rey, Ministros, princesas, príncipes y secretarios, se retiraron satisfechos y contentos.

*

Después de los dos fracasos sufridos, el Rey ya no tenía tanta confianza en su propia sabiduría ni en la de sus Ministros, y pasaba verdaderas inquietudes, temeroso de que algún gánapiro cualquiera llegara a proponerle los tres enigmas que faltaban, que ellos no fueran capaces de resolverlos y tuviera que darle la mano de una de las princesas.

Y a la verdad que las zozobras de S. M. no dejaban de tener algo de telepático presentimiento.

Las noticias del precioso premio ofrecido por el Rey, llegaron hasta un pueblucho lejano en que vivía un mozo de

agudo ingenio y de agraciado semblante. Deseoso de mejorar de fortuna, se propuso tentar suerte y jugar el todo por el todo, arriesgando su cabeza a trueque de casarse con la princesa. Dió a conocer a su madre las pretensiones que abrigaba y sin que en su ánimo pesaran los consejos y temores de la pobre vieja para hacerlo desistir, tuvo ésta que conformarse y prepararle lo necesario para el largo viaje que iba a emprender. Le dió una escopeta para que se defendiera, un libro de misa para que no olvidara sus oraciones y una torta como cocaví para el camino.

Seguido de su perrita, a quien llamaba *Panda*, el mozo se dirigió hacia la corte. Pero antes pasó a despedirse de su novia y a contarle los propósitos que lo llevaban al palacio del Rey. La muchacha, que veía esfumarse sus esperanzas matrimoniales, hizo todo lo posible por disuadirlo de su aventura, y como nada pudo conseguir, se dijo:

—«Primero muerto que verlo en brazos de otra mujer, aunque sea una princesa», y disimuladamente le echó un activo veneno a la torta que el joven llevaba para el camino.

Cansado el mozo de tanto andar, a media tarde se acostó al pie de un árbol a echar una siestecita. Grande fué su sorpresa cuando, al despertar, vió a su perrita muerta y que tres buitres que habían querido hacer presa de ella, yacían también sobre el cadáver. Examinando la causa, se dió cuenta de que la muerte del animal se debía a la torta, que seguramente su amable novia había envenenado.

—Ya que me libré de ésta, se dijo, voy a sacar partido de la buena acción de mi novia para componer la primera adivinanza. Veamos:

«Torta mató a Panda,
Panda mató a tres;
adivínela, buen Rey,
y diga luego lo que es».

—«Está bien», pensó, y siguió su camino, con la escopeta preparada y el ojo alerta por si veía algo que cazar, porque ya se le había despertado el apetito. De repente salió una liebre de entre los matorrales, le disparó y la mató. Al descuerarla, vió que también había muerto a tres hijuelos de la liebre que estaban a punto de nacer y los prefirió para comérselos asados. Como le faltara con qué encandilar el fuego, sacó unas hojas

del libro de misa y las encendió. A la luz de la llama que despedieron, se presentaron ante sus ojos las grandes letras rojas que decían *Espíritu Santo*.

—¡Bah! se dijo inmediatamente el avisado mozo. Aquí está la otra adivinanza:

«Tiré al que ví,
maté al que no ví;
comí carne no nacida
y asada por el Espíritu Santo».

Era la oración cuando llegó al puente del río vecino a la ciudad y divisó que las aguas arrastraban el cadáver de un animal y tres jotes iban encima de él.

—La suerte me acompaña, pensó: aquí tengo la tercera adivinanza:

«Pasé por un duro
y abajo lo blando,
un muerto iba caminando
y en él, tres iban cenando».

Esa noche el joven se fué a una posada, tomó lenguas acerca de lo que se decía por la Corte, averiguó dónde estaba el palacio y cuál era la hora de audiencia y al otro día llegó de los primeritos a solicitar una entrevista con el Rey.

*

S. M. había dormido mal aquella noche: soñó que un buitre le arrebatava a la más querida de sus hijas; al Ministro Ajota lo había desvelado el escozor de la nariz y de tanto rascarse le amaneció más encendida que un ají pimentón; al Ministro Kañó le había vertido por cada ojo un verdadero diluvio que le inundó la cama, sin que pudiera pegar una pestañada, y Pezeta había amanecido, no ya tembloroso de manos y pies, sino que con un ataque epiléptico que lo hacía saltar como langosta.

En este estado de ánimo y con tales agüeros en contra, tuvieron que asistir aquel día al Consejo de las soluciones. Por el aspecto deplorable que presentaban Rey, Ministros y

Secretarios, se veía que estaban derrotados de antemano; sólo los príncipes se conservaban serenos y aun pudiera creerse que contentos, porque ya estaban cabreados con tanta adivinanza, y hasta hubo más de una princesita que sonrió donairoso al ver el rostro simpático y la desenvoltura del joven que se presentaba a exponer su cabeza por la recompensa ofrecida.

—¿Sabes cuál es tu castigo?, le preguntó el Rey.

—Sí, lo sé, S. M., y sé también cuál es el premio.

—¿Vienes preparado para las tres adivinanzas?

—Para las tres, S. M.

—Veamos la primera.

—«Torta mató a Panda,
Panda mató a tres,
adivínela, buen Rey,
y diga luego lo que es».

Rey, Ministros, Secretarios se quedaron de una pieza; príncipes y princesas se sonrieron complacidos.

—A ver la segunda, le dijo el Rey, a quien los cuatro pelos se le erguían como lanzas.

—«Tiré al que ví,
maté al que no ví;
comí carne nõ nacida
y asada por el Espíritu Santo».

Ahora todos se miraron de reojo, sin proferir una palabra. El Rey llegó a enderezarse en su trono y dijo, muy airado, sin poderse dominar:

—¡Dí la tercera!

—«Pasé por un duro
y abajo lo blando,
un muerto iba caminando
y en él, tres iban cenando».

Cuando terminó, todos agacharon la cabeza, sin atreverse a mirar al Rey. Este los interrogó y el uno en pos del otro fueron contestando:

—¡Nada!

—¡Nada!

—¡Nada!

Entonces el Rey arrojó lejos el libro Índice que tenía delante de sí y exclamó:

—¡Al Diablo el Pendo y la Panda y el duro y el blando y el muerto caminando! ¡Vuelve dentro de tres días para darte la contestación! ¡Se suspende la audiencia!

*

El asunto se había puesto más serio de lo que el Rey pudo imaginarse cuando hizo publicar el bando. No era cosa de entregar así no más una de sus hijas a aquel desconocido. Había que agudizar el ingenio de sus marmotas de Ministros a ver si daban con la interpretación de los enigmas o se les ocurría algo para eludir decorosamente la recompensa prometida. Citó a Consejo y—acordándose que más discurre un hambriento que cien letrados,—declaró sesión permanente durante los tres días que se había dado de plazo, para que discurrieran como salir del atolladero, sin otra alimentación que pan y agua para todos los asistentes.

De balde Ajota pasó y repasó todos sus archivos; de balde Kañó buscó y rebuscó en sus mamotretos; de balde Pezeta recorrió una a una todas las letras confiadas a su sabiduría; nada, nada encontraron que diera luz en aquel intríngulis en que el diablo del joven los había metido. El Rey se paseaba desesperado de un extremo a otro de la gran sala, pensando que debía cumplir la promesa, porque palabra de Rey no podía faltar. De repente se paró y dijo a sus Ministros:

—¡En fin, cabezas de melones pasmados, siquiera discurren algo que aplace o impida decorosamente el cumplimiento de la promesa!

—Señor, se atrevió a decir el Ministro Pezeta, sometamos a ese mozo a una prueba que le sea imposible de realizar. S. M. tiene una crianza de hermosos conejos; déle cien de ellos para que en el plazo de ocho días les enseñe los ejercicios militares; si no lo hace, no sólo queda V. M. relevado del compromiso, sino que para evitar futuras complicaciones, le manda cortar la cabeza.

—¡Y pensar que he de faltar a mi palabra!, exclamó el Rey. En fin, es razón de Estado y así se hará.

C).—Los conejitos militares

Cuando el joven, a los tres días, se presentó a la audiencia del Consejo, el Rey le manifestó que había triunfado en esa apuesta; que no podía cederle la mano de una de las princesas si antes no daba muestras de sus dotes militares, como correspondía a un caballero, para lo cual le entregaba cien conejos, que en el término de ocho días debía devolvérselos tan bien instruidos como los mejores soldados de su ejército; si esto no sucedía, le haría cortar la cabeza.

Al Rey no se le podía replicar. Considerando perdido su esfuerzo, el mozo se fué a las conejeras y recibió en dos sacos los cien conejos que debía amaestrar. Con ellos al hombro se encaminó a una esplanada al pie de una colina, lugar que consideró a propósito para practicar el ejercicio, y abrió la boca de los sacos... En un segundo, todos desaparecieron de su vista...

Aquí fué el mezarse los cabellos, el acordarse de su madre y de sus sanos consejos y el derramar abundantes lágrimas por la pérdida de su fortuna, precisamente cuando ya la había tenido poco menos que al alcance de la mano...

Y ahora aconteció lo inesperado: sin saber cómo, ni cuando ni por dónde, una viejecita se presentó ante él y le preguntó:

—¿Por qué lloras, hijo mío?

—Cómo no he de llorar, abuelita, cuando el Rey me ha encargado enseñar los ejercicios militares a cien conejos y no he hecho más que soltarlos y todos han desaparecido como por encanto. Esto me va a costar la cabeza...

—No tengas cuidado, le dijo la anciana. Toma esta flautita. No tienes más que tocarla y todos los conejos acudirán a tu lado; en seguida, fácilmente aprenderán cuanto quieras enseñarles.

Dicho esto, la viejita desapareció. Cuando el joven se puso a tocar la flauta, los conejos empezaron a llegar y a reunirse a su alrededor. Los contó y no faltaba uno solo: estaban los cien. Quiso convencerse de si eran capaces de instruirse militarmente y les dió algunas voces de mando:

—¡Formación en línea... carrera, mar...! ¡Alinear!.. ¡Por escuadras, conversión a la deré... mar!... ¡De frente... mar!

Era de ver cómo los conejos, parados en las patitas traseras, sin menear orejas ni cola, con los ojos que se les salta-

ban, muy atentos a las voces de mando, evolucionaban cual soldados veteranos.

Para la primera lección, con aquello era bastante. Les mandó: ¡Retirarse! y todos se hicieron humo, dispersos por la pradera. Se ocupó entonces en preparar unos fusiles de palo y al otro día empezó a enseñarles el ejercicio con armas...

*

Naturalmente, el Rey no podía olvidarse de aquel mozo a quien injustamente tenía condenado a morir. Los remordimientos de conciencia no lo dejaban tranquilo. Quiso saber qué suerte corría en la instrucción de los conejos y mandó a Ajota para que desde lejos observara lo que estuviera ocurriendo. Cuando el Ministro llegó cerca del campamento, se quedó con tanta boca abierta: allí estaban los cien conejos formados en escuadra, obedeciendo las voces de mando y haciendo evoluciones con la disciplina y precisión de los más avezados veteranos. El joven mandaba: ¡Al hombro... ar!; Presenten... ar!... ¡Carguen... ar!... ¡Apunten... ar!... y todo lo ejecutaban como si fueran movidos por un resorte. A la voz de ¡Apunten, ar!, el Ministro Ajota salió disparado, temiendo que lo hubieran visto e hicieran fuego sobre él, y no paró hasta llegar sin aliento al palacio del Rey. Allí le contó, en medio del mayor asombro, lo que por sus propios ojos había visto y observado.

—Uno solo de los conejos que le falte, basta para que no se cumpla el compromiso. Vé y cómprale uno, le dijo el Rey,

Disfrazado de campesino, llegó Ajota hasta el campamento y propuso al joven que le vendiera uno de sus conejos. El muchacho, que no tenía un pelo de lesa, comprendió la jugada que pretendían hacerle y le contestó:

—Mis conejos no se venden. Si quiere le regalaré uno, con la condición de que me deje pegarle cien azotes a cuero pelado.

El Ministro no se atrevía a presentarse ante el Rey con las manos vacías y quieras que no, tuvo que sufrir los cien azotes a cambio de uno solo de los conejos. Sobándose las posaderas y con el animalito muy asegurado, tomó el camino de regreso. No había andado mucho, cuando el conejo sintió el sonido de la flauta y empezó a hacer desesperados esfuerzos,

hasta que pudo escapar y corrió a juntarse con sus compañeros. ¿Con qué cara el pobre Ajota iba a contar a S. M. todo lo que le había ocurrido? Era preferible disimular aquella vergonzosa verdad y sólo referirle que el muchacho no había querido venderle ni siquiera un conejo. Y así lo hizo.

Molesto el Rey, decidió mandar al Ministro Kañó, por si resultaba más afortunado; pero éste también se quedó sin conejo y con los cien azotes que recibió en las espaldas desnudas. Y ya faltaba un día únicamente para que se enteraran los ocho que el mozo tenía de plazo para disciplinar militarmente a sus conejos. El Rey no quiso hacer la prueba con el Ministro Pezeta y resolvió ir él en persona, también convenientemente disfrazado, a comprar los conejos, aunque uno solo le costara la mitad de su reino. Pero todos los halagos y ofrecimientos fueron inútiles: el muchacho únicamente convino en darle un conejo a cambio de cien azotes. S. M., para no dar su brazo a torcer, tuvo que aceptar la proposición y recibir a cuero pelado la azotaina. Aunque no dejaba de hacerle mella el escozor que llevaba en «salva sea la parte», sin embargo, muy orondo se encaminó hacia el palacio con el conejo bien seguro en el fondo de un saco. No contaba con los tañidos de la flauta, que luego se dejaron oír y que obligaron al animalito a hacer esfuerzos desesperados por escaparse, hasta que lo consiguió practicando un agujero en el fondo del saco...

Ya no era posible evitar que al otro día el joven apareciera con sus conejos adiestrados. Y así sucedió, en medio del estupor y del aplauso de los grandes de la Corte y de todos los que se reunieron para contemplar aquella maravilla: el batallón de los cien conejos esperaba las órdenes de su jefe en la plaza que daba frente al palacio. El muchacho se puso a la cabeza de la columna, dió las voces de mando y empezó el desfile ante los balcones de S. M., que se veían atestados de espectadores. Nunca se habían oído aplausos más estrepitosos que los que saludaron a los conejitos cuando, después de desfilar con los fusiles al hombro, hicieron alto y presentaron armas al Rey. Este ya no pudo eludir el compromiso. Eran demasiados los testigos de que el inteligente joven había triunfado en esta prueba.

—Conforme, le dijo entonces el Rey. Has vencido; pero te falta la última prueba: mañana debes presentarte en la Plaza Pública trayendo tres costales de «verdad».

Para que presenciaran esta prueba, que desde luego el

Rey estimaba irrealizable, hizo construir en la Plaza un gran circo, en que la nobleza tomara colocación en tribunas y galerías. A las 4 de la tarde todo estaba materialmente lleno de la gente que esperaba con impaciencia el desenlace de aquella curiosa aventura.

Luego apareció el mozo con los tres costales, que se notaban completamente vacíos, los depositó en medio de la Plaza y dijo al Rey:

—Para salir victorioso en esta prueba, necesito que S. M. ordene a dos de sus Ministros que me presten su concurso.

—Ordenado, contestó el Rey.

—¡Que baje el Ministro Ajota!, dijo el joven.

Cuando éste llegó al medio del circo, el muchacho lo tomó violentamente por la cintura y lo metió de cabeza en uno de los costales; en seguida, con voz sonora que llenó todos los ámbitos del recinto, le preguntó,

—¿Es verdad, Ministro Ajota, que hace cuatro días te presentaste al campamento en que yo amaestraba los conejos, que me propusiste comprármelos todos, que yo no quise vendértelos y que al fin te cedí uno a cambio de cien azotes que te dí a cuero pelado?

—Verdad... contestó el Ministro, con voz que parecía salir de debajo de la tierra.

—Aquí tiene, mi Rey, al primer costal de verdad... Que venga ahora el Ministro Kañó.

Cuando lo hubo metido dentro del costal, le preguntó:

—¿Es verdad, Ministro Kañó, que hace tres días te presentaste al campamento en que yo amaestraba los conejos, que me propusiste comprármelos todos, que yo no quise vendértelos y que al fin te cedí uno a cambio de cien azotes a cuero pelado?

—Verdad... contestó el Ministro Kañó, con voz agonizante.

—Aquí tiene, mi Rey, el segundo costal de verdad...

—¡Basta, basta! le interrumpió entonces apresuradamente S. M. ¡Tuya es la recompensa! Te has ganado la mano de una de las princesas. Escoge la que sea de tu agrado y vamos a palacio para que cuanto antes se celebre el matrimonio...

Así salió el Rey del apuro y se libró de la vergüenza de que todos sus súbditos supieran que también había recibido cincuenta azotes en cada uno de sus reales y gordiflones hemisferios.

LA CASA DE «IRAS Y NO VOLVERAS»

Erase un Rey muy bueno y poderoso que tenía la costumbre de dotar a cada uno de sus hijos, con un naranjo, un perro y un caballo. Al nacer el principito, plantaba el naranjo; a los 15 años le regalaba el perro, y a los 20 le daba el caballo.

El naranjo tenía la virtud de reverdecer o entristecerse, según fueran favorables o desfavorables las peripecias que pasara su dueño; el perro no lo abandonaba jamás, y el caballo lo libraba de todas las aventuras en que no intervinieran brujerías.

El mismo día en que el hijo mayor cumplió los 20 años, después de una gran fiesta que hubo en palacio, el Rey lo llamó y le dijo:

—Hijo mío; no está bien que los príncipes destinados a gobernar a los pueblos vivan reclusos en sus reinos. Es necesario que recorran el mundo y que observen el gobierno de las demás naciones para que implanten en la propia cuanto tienda a la felicidad de sus subordinados. Ensilla tu caballo «Trotador», lleva a tu perro «Ven-aquí» y sal a recorrer el mundo. Yo observaré todos los días tu naranjo y él me indicará la suerte que corras en tus aventuras.

Y el joven partió después que el Rey le hubo echado la bendición. Dos días había trotado y trotado en su caballo—que en el trote por ninguno era aventajado—cuando llegó al término de un camino que se repartía en cuatro direcciones. Estaba pensando cuál seguir, cuando se le apareció un viejito y le preguntó:

—¿Qué dirección quiere tomar, mi buen Príncipe?

—La que a mí me dé la real gana, le contestó muy alto-
nero.

—Hágase su voluntad, le replicó el viejito, y siguió su camino.

El Príncipe clavó las espuelas al caballo y siguió la dirección que a éste más le acomodó y que era la misma por donde «Ven-aquí» había tomado la delantera. Como a los cuatro días de andar sin descanso en «Trotador», seguido fielmente por su perro, el caballo se detuvo a las puertas de un suntuoso palacio, en cuyos balcones había una hermosa princesa. Verse ambos y prendarse el uno del otro, fué obra de una mirada. El Príncipe fué muy bien recibido por el Rey. Al poco tiempo se concertaron las bodas y el matrimonio se celebró con grandes fiestas. Los recién casados vivían muy felices, gozando de las suntuosidades del palacio y en medio de las atenciones y de los homenajes de todos los grandes de la corte.

Una vez que paseaban muy cogiditos del brazo por una de las muchas terrazas del palacio, el Príncipe divisó a lo lejos un humito que se elevaba a grande altura hasta perderse entre las nubes.

—¿Qué será ese humo que allá en la lejanía se pierde entre las nubes?—le preguntó a la princesa.

—Es de «la casa de irás y no volverás», le contestó.

—¿Qué significa eso de «irás y no volverás»?

—Significa que es fácil de llegar; pero muy difícil de volver. Los más valientes y aguerridos caballeros han ido hasta ella, pero ninguno ha vuelto.

Muy arrogante, el Príncipe exclamó:

—¡Yo iré y volveré!...

Mucho le pidió la princesa, con lágrimas en los ojos, que no hiciera semejante viaje; pero él se empeñó en ir, sin que ruegos ni lágrimas pudieran retenerlo.

Y una mañana montó en «Trotador» y volvió riendas para tomar el camino que conducía a «la casa de irás y no volverás». Al partir, el caballo se encabritaba, retrocedía y se negaba a avanzar; «Ven-aquí» no aparecía por ninguna parte y cuando el Príncipe lo llamó con su silbato de plata, se puso a ladrar por delante del caballo, como indicando que aquel viaje no debía realizarse. En los balcones del palacio, la reina, el rey y la princesa su esposa, le decían que esas eran manifestaciones de mal agüero y que no debía emprender aquella aventura; pero todo fué en vano, porque el Príncipe—muy porfiado y voluntarioso—clavó espuelas al caballo, que al fin

salió disparado, seguido de «Ven-aquí», que no cesaba de ladrar, de saltar y de atravesársele por delante.

Después de tres días de trotar y trotar, llegó a un palacio enorme, cuyos jardines y parques estaban rodeados de una reja de fierro muy alta y de muy rara confección. El Príncipe se puso a observar una gran variedad de pavos reales, gansos, patos y otras aves que gritaban y corrían por el parque, cuando fué sorprendido por la presencia de una vieja que lo miraba desde el otro lado de la reja y que le preguntó:

—¿Para dónde bueno, señor?

—¡Al infierno!—le contestó el Príncipe, muy enojado.

—Allí está, le dijo la vieja, y le mostró el dintel de la puerta que se alzaba sobre su cabeza.

El Príncipe miró hacia lo alto y quedó cegado por un rótulo con caracteres de fuégo, que decía:

—¡Adiós, mundo de los hombres!

Este momento aprovechó la vieja—que era una bruja de las más temibles—para sacar unos polvos negros que escondía en una caja debajo del brazo izquierdo; se los arrojó por la cara al caballero, e inmediatamente, el Príncipe quedó convertido en un lujoso pavo real, y el caballo, en un pato cochinchino.

El perro «Ven-aquí», que se había quedado un poco atrás, no alcanzó a ser tocado por los polvos de la bruja, y se volvió a todo correr para el palacio de la princesa. Cuando llegó a su presencia, se puso a ladrar desesperado, y después de un rato, salió de las habitaciones, sin que nadie volviera a verlo ni a oírlo por ninguna parte. La princesa y los reyes creyeron ya segura la muerte del Príncipe y se vistieron de luto juntamente con toda la corte.

*

Mientras tanto, el Rey, padre del príncipe que la bruja había convertido en pavo real, estaba poco menos que muerto de dolor y de pena, por lo que suponía que le estaba ocurriendo a su hijo mayor. Durante el año que éste llevaba de ausencia, todas las mañanas salía a contemplar el naranjo que reflejaba su fortuna. Muy contento al principio, el Rey veía que el arbolito cada día se ostentaba más frondoso y lozano; pero hacía ya unas cuantas semanas que se entristecía por momentos, y ahora presentaba apariencias de secarse: augurio cierto de la próxima muerte de su desventurado hijo.

Al pie del árbol marchito estaba llorando su desgracia, cuando apareció «Ven-aquí», cubierto de barro, ladrando y aullando desesperado. Esto le dió a entender que la pérdida de su hijo parecía inevitable.

*

Llamó entonces al segundo de sus hijos y le ordenó que montara en su caballo «Corredor», y seguido de su perro «Ven-acá», saliera en busca de su hermano.

Después de un día y medio de galopar y galopar en su caballo—que en el galope por ninguno era aventajado—llegó al término de un camino que se repartía en cuatro direcciones. Casi atropelló a un pobre viejo que le hacía señas para que se detuviera, y siguió a todo galope por el camino que había tomado su perro «Ven-acá», y que su caballo siguió sin ninguna vacilación. A los tres días de galopar sin descanso, fué a parar al mismo palacio de la princesa que vestía luto por la pérdida de su esposo, el hermano mayor. Cuando vió a este Príncipe, lo encontró tan parecido a su esposo, que llegó a creer que fuera él mismo, que venía a probar si, no obstante su ausencia, se conservaba fiel a su palabra y su memoria. Y para convenirse, una tarde lo convidó a la terraza de donde habían dividido el humito de la «casa de irás y no volverás».

—¿Qué es ese humo que se pierde entre las nubes?—le preguntó el Príncipe.

—Es de «la casa de irás y no volverás», le contestó la Princesa.

—Yo iré y volveré, dijo el Príncipe, muy valeroso.

—No vaya, buen Príncipe; todas mis penas proceden de esa casa embrujada. Mi esposo insistió en ir, y para volver, de nada le valieron ni su valor ni su caballo «Trotador», ni su perro «Ven-aquí».

—¡Ah!—dijo entonces emocionado el Príncipe.—Ahora con mayor razón que nunca llegaré hasta esa casa maldita de «Irás y no volverás», porque vuestro esposo era mi hermano mayor, y mi padre y mi rey me ha ordenado que salga en su busca, y sin él no me atrevería a ponerme en su presencia.

Y sin pérdida de tiempo, montó a caballo y llamó a «Ven-acá», para tomar el camino que conducía a la casa de «Irás y no volverás». Pero los dos animales se resistían a seguirlo, hasta que al fin lo hicieron: «Corredor», obligado por la espuela, y

«Ven-acá», por el silbato de plata, que nunca había desobedecido.

A los dos días de galopar sin detenerse, llegó al palacio de la reja de rara confección. También estaba contemplando las muchas y vistosas aves que vagaban por el parque, cuando una vieja se acercó a preguntarle:

—¿Qué busca por estos mundos, señor?

—¡Tu cabeza, vieja bruja, o que me devuelvas a mi hermano!—le respondió el Príncipe, muy indignado.

—Allí está, le dijo la bruja, y le mostró la inscripción con caracteres de fuego.

El Príncipe quedó cegado al mirarlo, y esto aprovechó la vieja para tirarle por la cara los mismos polvos negros que a su hermano. Inmediatamente quedó convertido en un pavo real, y su caballo, en un ganso de largo cogote. «Ven-acá» no alcanzó a ser tocado por los polvos y llegó al palacio de la Princesa, gritando y aullando, lo mismo que «Ven-aquí»..

*

Mientras tanto el Rey, padre de los príncipes, estaba pasando las penas más negras. Ya no era sólo el naranjo del hijo mayor el próximo a secarse, sino también el del segundo. Se paseaba de uno a otro de los árboles marchitos, llorando su desgracia, cuando llegó «Ven-acá», saltando y aullando, desesperado. No cabía duda; sus dos hijos mayores, o habían muerto ya, o estaban condenados a morir de un momento a otro. Llamó entonces al menor y más querido, y le habló así:

—Tú eres mi última esperanza. Salva a tus hermanos y salva la vida de este tu padre y tu rey, que morirá si pierde a sus tres hijos, que son la sola razón de su existencia y la joya más preciada de su corazón. Monta en tu caballo «Volador» y lleva a tu perro «Anda-allá». Sé prudente en el camino y atento y respetuoso con todo el mundo, especialmente con los humildes y menesterosos. ¡Yo te bendigo, hijo mío!... ¡Marcha pronto en busca de tus hermanos!... terminó diciendo el buen Rey con voz ahogada por los sollozos.

Ensiló su brioso caballo «Volador», que se mostraba impaciente por partir, mientras su perro «Anda-allá» le hacía fiestas, saltaba y ladraba a su alrededor. Apenas demoró un día en llegar a la encrucijada del camino, donde se le apareció

el mismo viejo que antes había salido a sus hermanos. Junto a él, perro y caballo detuvieron su carrera. El viejito se dirigió al Príncipe y lo saludó:

—Buenos días, mi caballero.

—Buenos días, mi buen anciano.

—¿Para dónde bueno por estos mundos?

—Voy en busca de mis dos hermanos mayores, que hace tiempo salieron del palacio de mi padre y que a esta hora deben estar en grave peligro de muerte. ¿Qué camino he de seguir, buen anciano?

—Tome el del frente, mi caballero, le contestó. A los dos días de correr sin descanso, llegará al palacio de la princesa que viste luto por la pérdida del hermano mayor; desde la terraza divisará al humito de «la casa de irás y no volverás»; siga las instrucciones que le dé la hermana menor de la princesa y todo le saldrá a medida de sus deseos.

—Gracias, mi buen anciano, le dijo el Príncipe. ¿Puedo hacer algo en vuestro beneficio?

—Ya nada necesito señor. Hice mi vida, y espero tranquilo que el Señor me llame a su santo seno.

—En todo caso, buen anciano, le dijo el Príncipe, sacándose una de las sortijas, guarde este recuerdo en mi memoria y hasta la vista.

—Gracias, señor. Voy a corresponder a su generosidad, regalándole esta espadita, que le servirá para defenderse de la bruja que cuida «la casa de irás y no volverás». Siga punto por punto todo lo que le diga la hermana menor de la princesa, y le acompañarán la suerte y la ventura.

*

A los dos días de viaje, «Volador» y «Anda-allá» se detuvieron a las puertas de un palacio. A los alborozados ladridos del perro se asomó al balcón la princesa vestida de luto y una hermosa jovencita, que era su hermana menor. Esta se puso coloradita como la grana al ver al gallardo Príncipe, que ágilmente saltó de su caballo y preguntó por el señor de aquel hermoso palacio. El rey, la reina y las princesas lo recibieron con manifestaciones de gran regocijo. Luego le contaron la pérdida de sus dos hermanos y el peligro que encerraba «la casa

de irás y no volverás». Subieron a la terraza, y desde allí divisaron el humito que se perdía entre las nubes,

En la noche, durante el gran baile que dió el Rey y al cual asistieron todos los grandes de la corte con sus esposas y los caballeros y damas más principales, el Príncipe no se separó del lado de la princesita menor, que desde el primer momento había cautivado por completo su corazón. Luego conversaron sobre la «casa de irás y no volverás».

El Príncipe se manifestó decidido a partir al día siguiente, ansioso de libertar cuanto antes a sus hermanos.

La niña lo instruyó de cómo debía proceder para salir sano y salvo de aquella peligrosa aventura: le dió un espejito para que en cuanto llegara a la elevada puerta de palacio, lo pusiera frente a la inscripción con caracteres de fuego, sin levantar la vista hacia ella y se apagaría instantáneamente; le dijo que cuando viera aparecer a la bruja detrás de la reja, antes que le dirigiera la palabra, le tirara con la espada que el anciano le había dado; que la vieja caería al suelo desmayada y entonces le quitara una caja con polvos blancos que guardaba debajo del brazo derecho; que en seguida, antes que volviera en sí, la amarrara de pies y manos; que fuera después al parque y reuniera, con su silbato de oro, a todas las aves y animales, y esparciera a los cuatro vientos los polvos de la cajita, y entonces volverían a su estado natural los príncipes y donceles con sus caballo y sus perros, que por la bruja habían sido transformados en pavos, patos, gansos, conejos, ratones y otros animales; que se trajeran viva a la vieja, que por nada del mundo fueran a matarla dentro del palacio, porque, en tal caso, todo el edificio se vendría al suelo y moriría cuanto ser viviente se encontrara entre sus muros.

—Si mi buen Príncipe cumple punto por punto estas instrucciones, irá y volverá de «la casa de irás y no volverás», terminó diciéndole la princesa menor.

—Iré y volveré, le dijo el Príncipe, porque tengo que recobrar mi corazón, que desde ahora se lo dejo en prenda de mi amor y de mi gratitud.

A la mañana siguiente, muy de madrugada, el Príncipe se despidió de los reyes y de la princesa, montó en su caballo «Volador» y seguido de «Anda-allá», emprendió el viaje hacia «la casa de irás y no volverás».

Perro y caballo estaban impacientes por partir cuanto antes, en tal forma que al Príncipe le costaba sujetar a «Volador»

y los ladridos de «Anda-allá» apenas le permitían oír las cariñosas palabras con que todos lo despedían, deseándole ventura en su peligrosa expedición

El pañuelo de la princesita, que se batía incesantemente, fué lo último que divisó al dar vuelta un recodo del camino.

*

Dejemos seguir apresurado su viaje al venturoso Príncipe menor, y volvamos al Rey, su padre, que todos los días iba a contemplar los tres naranjos que representaban a sus hijos. La confianza estaba poco a poco volviendo a su espíritu, porque, si bien era cierto que los naranjos de los dos mayores seguían marchitos y entristecidos, aún no se secaban, y mantenía la esperanza de que volvieran a reverdecer. En cambio, veía el naranjo del menor lozano y vigoroso, ostentando sus hojas verdes y hermosos azahares, que al Rey le presagiaban lo floreciente de su fortuna.

Vamos ahora a la «casa de irás y no volverás», defendida por la elevada reja de fierro y resguardada por la bruja portera.

Todo sucedió al Príncipe menor como la princesita le había dicho y cuyas indicaciones cumplió punto por punto.

Cuando esparció a los cuatro vientos los polvos blancos que había quitado a la bruja, empezaron a volver a su estado natural elegantes príncipes y donceles, en caballos y armados de todas armas. Entre ellos se destacaban, por su arrogante figura, los hermanos del Príncipe, que se echaron en brazos del menor, a quien debían el haber sido salvados del encanto en que las malas artes de la vieja bruja los había convertido. Luego todos se pusieron al servicio del Príncipe, que los tomó para su escolta, y llegaron hasta donde había dejado a la vieja amarrada de pies y manos. La encontraron revolcándose y echando espumarajos por la boca. La subieron a las ancas de uno de los caballos y tomaron el camino que conducía al palacio de las princesas.

Por todas partes las gentes salían a mirar esa elegante comitiva de tantos jóvenes y apuestos caballeros, y quedaban horrorizados al ver a aquella vieja bruja, que hacía esfuerzos desesperados por romper las ligaduras que de pies y manos la sujetaban.

*

Un emisario que se había adelantado, llevó la noticia al palacio del Rey, el cual ordenó pregonar que se embanderara toda la ciudad y que al son de las bandas de músicos salieran a encontrarlos los más principales caballeros. El propio Rey en persona bajó a recibirlos, y saludó al Príncipe menor como al salvador de su reino por haberlo librado de aquella mala bruja que tenía encantados a tantos de sus mejores cortesanos.

—Pídeme la gracia que quieras, le dijo el Rey; la mitad de mi reino que sea, y te la concederé.

—Es mayor la merced que deseo que S. M. me conceda, le replicó el Príncipe.

—¡Pide, pide, que de antemano la doy por concedida!

—Quiero que S. M. me conceda la mano de la princesita menor...

—¡Concedido, concedida, y vamos para el palacio!—le contestó el Rey, lleno de contento y entusiasmo.

Entre tanto, el Rey, padre de los tres príncipes, se paseaba muy feliz de uno a otro de los tres naranjos que representaban a sus hijos, por que poco a poco habían ido recuperando su verdor y lozanía, y en esos momentos se veían pomposamente cubiertos de hermosas hojas y grandes y perfumados azahares. Ya le parecía ver llegar a sus tres hijos sanos y salvos y que llorando de gozo se echaban en sus brazos. En estas cavilaciones estaba cuando sintió galope de caballos: eran los emisarios que mandaba el otro Rey para darle los parabienes por la salvación de sus hijos y para rogarle que los acompañara a celebrar el matrimonio del menor con la princesita.

Nunca se habían celebrado fiestas más espléndidas, como que fueron preparadas entre reyes, que las que hubo para aquel feliz casamiento.

Para que la vieja bruja no volviera a sus malas artes, la amarraron de brazos y piernas a dos potros chúcaros, que salieron disparados al sentir los cohetes que les prendieron en la cola, y la hicieron mil pedazos.

Al mismo tiempo que la vieja moría descuartizada, se sintió a lo lejos un estruendo espantoso y se vió una espesa nube de polvo que cubría el horizonte: Era «la casa de irás y no volverás», que se había venido al suelo para nunca jamás levantarse.

DOS CUENTOS DE MI COMPADRE VICTOR MANUEL

LA MONA DE PALO

De las hijas que tenía el Rey, ninguna era tan bonita y tan buena como la menor. Muchos príncipes vecinos y nobles caballeros de la Corte habían pedido su mano; pero ella se negó siempre a tales solicitaciones, porque pensaba que para unirse con un hombre por toda la vida era menester no sólo que él la pretendiese, sino que ella lo amara con todo su corazón.

Cansado el Rey de tantas negativas y por ceder a las conveniencias del Estado, sin consultar la voluntad de la princesita, prometió su mano al hijo de un Monarca vecino, que era especialmente estimado por S. M.

Cuando dió a conocer a la niña semejante resolución—que era ya irrevocable—de tal modo ella se indignó, que hasta las palabras le faltaron para formular una protesta; pero se hizo el firme propósito de morir antes que casarse en contra de su voluntad. En vela pasó aquella noche, cavilando sobre la resolución que debía tomar. Pensó envenenarse, arrojarse desde los balcones; pero la contuvo el pecado que cometía contra el Creador y también, la pena de abandonar esta vida, cuyos íntimos goces aún no había tenido ocasión de saborear. Decidió entonces huír disfrazada del palacio y salir a rodar tierras hasta dar con el hombre—pobre o rico—que juzgara digno de hacer su felicidad.

Esa misma mañana, antes de amanecer, puso por obra su propósito y salió furtivamente del palacio. Después de mucho andar, se encontró con una viejecita que estaba hilando a las puertas de su casa. Hacía mucho calor y le pidió que le convidara con un vaso de agua fresca y le permitiera des-

cansar unos instantes. La anciana la recibió cariñosamente y luego entablaron conversación. La niña le contó sus tribulaciones y la viejita la consoló y aconsejó como si fuera su propia hija. Al tiempo de despedirse para seguir su camino, la anciana le dijo:

—Sus bondades, querida niña, la hacen acreedora a una recompensa de mi parte. Le voy a regalar esta varillita de virtud. Pídale lo que se le ofrezca, que ella se lo concederá.

—Gracias, abuelita, le replicó la niña. ¡Es tan poco lo que necesito!... No más que *una mona de palo* en que meterme para ocultar mi hermosura, que es la causa de todas mis desgracias.

Al punto la varillita de virtud hizo aparecer a su lado una *mona de palo* que tenía las mismas proporciones de su cuerpo, pero que carecía por completo de belleza y atractivos. Se metió dentro de ella, dió las gracias a la viejita y siguió su camino. Después de mucho andar, llegó a un hermoso palacio, pidió alguna ocupación y le confiaron el cuidado del gallinero.

*

El hijo del Rey estaba de novio con una princesa del reino vecino y todas las tardes montaba en su hermoso caballo e iba a hacerle una visita. Para salir del palacio, tenía que pasar frente al gallinero donde la niña cuidaba las aves. Cuando ésta vió al Príncipe, joven, gallardo y tan bien puesto en su hermoso alazán, se enamoró locamente de él y se propuso conquistarlo; pero sin darle a conocer todavía ni su rango ni el esplendor de su hermosura.

A la tarde siguiente, cuando el Príncipe pasó frente al gallinero, le salió al encuentro, metida dentro de su disfraz, y le dijo:

—¿Para dónde vá el Príncipe gallardo?

—A la gran fiesta que se dá en el reino vecino, le contestó.

—¿Y por qué no me lleva en su compañía?

—¡Quita allá, Mona de palo!—le dijo el Príncipe, y le dió un *estribazo* que llegó a sonar en la armazón de la mona.

Llorando se fué la niña y se metió en el gallinero. Cuando más desesperada estaba por el desprecio del Príncipe, se acordó de la varilla de virtud que le había dado la viejita, la tomó y le dijo:

—Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, ponme

un carruaje más hermoso y más rico que el de todas las damas que van a la fiesta, y un traje que tenga «el sol».

Inmediatamente se vió vestida como la dama más elegante, con un traje que resplandecía como el sol y como nunca jamás lo había llevado la más empingorotada princesa. Salió al patio y se encontró con un lujoso carruaje, todo con forros de seda, tirado por dos parejas de caballos: dos eran negros como la noche y dos albos como la espuma de los mares. Tres lacayos estaban en el pescante, y un negrito,—tan negrito y relumbroso que parecía que le hubieran pasado la escobilla—vestido de color escarlata, le tenía abierta la portezuela. Cuando la niña apareció, al negrito le brillaron el blanco de los ojos y de los dientes y le hizo tan profunda reverencia, que casi al suelo topó con la cabeza.

Subió la niña, se reclinó en los mullidos cojines de raso; de golpe cerró el negrito la puerta, y los caballos negros como la noche y albos como las espumas, salieron a todo trote, sacando chispas de las piedras.

Cuando los porteros de palacio anunciaron a aquella dama que venía en un carruaje más elegante que el del propio Rey, los jóvenes caballeros salieron a recibirla, y durante el baile disputaban entre sí por tener la preferencia para danzar con la dama vestida de «sol». Todos se preguntaban quien era, de dónde había llegado, cuál era el poderoso reino que hasta el presente había mantenido oculta aquella princesa tan rica y tan admirablemente hermosa. El Príncipe del reino en que la niña cuidaba el gallinero fué uno de los que más atenciones le hicieron y el que más se desvivía por atenderla, por bailar y por conversar con ella.

En una de las vueltas de la danza, le preguntó de qué reino era.

—Soy del reino del *Estribazo*, le contestó, y se fué rápidamente de su lado para seguir con otro caballero el baile que tenía comprometido.

El Príncipe se quedó todo intrigado: nunca había oído nombrar el reino del *Estribazo*, y la verdad era que aquella hermosa joven con vestido de «sol», lo estaba preocupando demasiado, hasta el punto de olvidarse de las atenciones que antes prodigaba a la princesa, su novia.

La fiesta duró hasta el amanecer. Escoltada por casi todos los galanes y llevada de la mano por el Príncipe, la niña subió a su carroza y los caballos negros y blancos partieron a gran

velocidad, de modo que nadie pudo seguirla de cerca, ni saber por cuál camino se dirigía para llegar al palacio que suponían habitaba. Cerca ya de su gallinero, hizo desaparecer el encanto, y volvió a meterse en la *mona de palo*.

*

De muy distinta manera pasaron el resto de la noche los personajes del cuento: la niña, muy satisfecha del efecto que su hermosura había producido entre los caballeros de la corte y especialmente en el ánimo del Príncipe; la novia de éste, llorando a lágrima viva por la indiferencia de su amado, y el Príncipe, sin poder conciliar el sueño, afiebrado pensando en la hermosa dama del vestido de «sol» y proponiéndose dar con ella, aunque tuviera que buscarla debajo de la tierra.

Al día siguiente, el Príncipe se paseaba desesperado por todo el palacio, preguntando a cuantos encontraba si habían oído hablar del reino del *Estribazo*; pero no sólo no le daban razón ninguna, sino que se reían de él, pensando que había perdido el juicio y que únicamente en su imaginación existía aquel reino de nombre tan curioso.

Obsesionado siempre por la imagen de la hermosa desconocida del traje de «sol», otro día encaminó su caballo hacia el palacio de su novia, donde ésta había organizado una nueva fiesta para apresurar el matrimonio, antes de ser abandonada por los desvíos del Príncipe.

Cuando pasó frente al gallinero, la *Mona de palo* le salió al encuentro y le dijo:

—¿Para dónde va el Príncipe tan gallardo como entristecido?

—A una fiesta en el reino vecino, le contestó.

—¿Y por qué no me lleva en su compañía?

—¡Quita allá, *Mona de palo*!—le replicó muy enojado, le dió un *Huascazo* que quedó silbando en el aire, y partió a la carrera de su caballo.

Cuando se acercaba la hora del baile, la niña tomó la varillita de virtud y le dijo:

—Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, vísteme con un traje que tenga «la luna», ponme un carruaje mejor que el de la noche pasada y déjame a las puertas del palacio en que mora la novia del Príncipe.

Si elegante fué el vestido que tenía «el sol», éste con «la luna» le aventajaba en esplendidez, y si rica fué la primera carroza, ésta era más admirable todavía: la tiraban tres parejas de caballos: dos negros como la noche tempestuosa; dos albos como la espuma de los mares y dos encendidos como la llama; la servían cuatro lacayos y dos negritos atendían la portezuela. Subió la niña y veloces partieron los caballos.

En el palacio de la fiesta, aunque ninguno de los caballeros se atrevía a decirlo por no agraviar a las damas presentes, todos estaban intranquilos y faltos de entusiasmo, esperando que de un momento a otro llegara la dama desconocida.

De repente se abrieron las puertas de las antecámaras, se recorrieron los pesados cortinajes... y apareció el claror de la luna, bañando la iluminación con la suavidad de sus tonos...

Los caballeros abandonaron sus parejas, y como movidos por un mágico resorte, corrieron a recibir a la misteriosa dama vestida con aquel traje que tenía la luna. El Príncipe fué el primero en llegar a su lado y el primero en solicitarla para un baile.

En lo mejor de la danza, la suplicó que lo informara hacia dónde quedaba el reino del *Estribazo*.

—Hacia ninguna parte, señor, le contestó. Ese reino ya no existe.

—¡Cómo que ya no existe! ¿Cuál es el reino, entonces, de tan hermosa princesa?

—¡El reino del *Huascazo!*, le contestó, y se escapó apresuradamente.

El Príncipe quedó más intrigado que la primera vez. Ni él conocía semejantes reinos, ni a nadie los había oído nombrar.

¿Y cómo era que de un día a otro aquella hermosa dama cambiaba de reinos, como de trajes, como de carrozas y como de lacayos? Quiso interrogarla nuevamente; pero no obstante todo su empeño, le fué imposible volver a danzar con ella, porque, cada vez que la invitaba, le decía que ya tenía compromiso con otro caballero. Se olvidó de su novia, se ocultó en una pequeña antecámara que tenía vista a la terraza en que estaban los carruajes, y allí esperó hasta que la fiesta terminara para ser el primero en salir y seguir de cerca a aquella dama desconocida que lo tenía medio loco. Pero no pudo conseguir sus propósitos, porque, en cuanto subió la niña a su carroza, los caballos salieron a escape y pronto el Príncipe la perdió de vista.

Ninguno la vió pasar; nadie supo indicarle qué dirección había tomado.

*

Muchas noches pasó desvelado el Príncipe, pensando en la hermosa dama de los trajes de «sol» y de «luna», y muchos días invirtieron él y sus servidores en averiguar dónde estaba el reino del *Huascozo*; pero todo era inútil: ni la dama aparecía, ni nadie había oído nombrar semejante reino. Todos pensaron que la locura del Príncipe iba en aumento, ya que seguían llenándose la cabeza aquellos reinos misteriosos que sólo existían en su imaginación.

No encontrando otro medio de volver a verla, hizo preparar una nueva gran fiesta en el palacio de su novia, y fueron invitadas las más nobles damas de los alrededores y los más gentiles caballeros. La novia accedió gustosa a los deseos del Príncipe, pensando que en esta ocasión se iría a confirmar su compromiso y a fijarse la fecha en que debiera celebrarse el matrimonio.

Al pasar por frente al gallinero, cuando se dirigía a la fiesta, otra vez le salió al encuentro la *Mona de palo* y le preguntó:

—¿Para dónde va el Príncipe, tan gallardo, tan entristecido y tan preocupado?

—A una fiesta en el reino vecino, le contestó.

—¿Y por qué no me lleva en su compañía?

—¡Quita allá, *Mona de palo!*—le dijo el Príncipe, más enojado que nunca, le dió un *bofetón* que hizo retumbar las tablas, picó espuelas y partió a todo correr de su caballo. Disimulando el dolor, la niña se retiró a su gallinero.

La asistencia fué mayor, más granada y más suntuosa que en los bailes anteriores. Los salones se hacían estrechos para contener a las gentiles parejas que danzaban a los acordes armoniosos de las orquestas... Sin embargo, algo parecía hacer falta entre aquella elegante concurrencia de hermosas damas y nobles caballeros. Estos principalmente no se cansaban de dirigir la vista hacia los amplios cortinajes que cubrían el pórtico de la entrada. De repente, se descorrieron completamente las pesadas cortinas y uno de los lacayos anunció:

—¡La dama de «las estrellas»!...

Entre las columnas apareció la hermosa niña, con un traje

de «estrellas» relucientes que hicieron palidecer las mil luces que iluminaban el salón.

Callaron las orquestas, se suspendieron las danzas, los jóvenes caballeros abandonaron descortesemente a sus damas, que se pusieron a protestar avergonzadas y ofendidas. La novia se retiró llorando a sus habitaciones y juró no volver a dar oídos a las promesas de aquel Príncipe ingrato. Todos avanzaron atropellándose hacia ese vestido de «estrellas» que los fascinaba, rivalizando cada uno por ser el primero en ponerse a los pies de la hermosa niña y el primero en acompañarla a la próxima contradanza. El honor le fué concedido al Príncipe enamorado, que con la misteriosa dama del vestido de «estrellas» formaba una encantadora pareja. En medio del gran salón, en un círculo tapizado de primorosas alfombras, ejecutaron una artística y señoril gavota, que dejó admirados a todos los concurrentes por el donaire de la dama y por la gentileza del caballero.

Cuando orgulloso el Príncipe llevaba del brazo a su pareja para indicarle el diván en que reposara, volvió a suplicarle que le dijera hacia dónde caía el reino del *Huascazo*.

—Hacia ninguna parte, señor, le contestó. Ese reino ya no existe.

—¡Cómo no existe! ¿Y cuál es el reino, entonces, de tan hermosa princesa?

—El reino del *Bofetón*, le contestó la hermosa niña, y, haciendo un mohín de desagrado, se escapó apresuradamente hacia la puerta y desapareció.

—¡Volando a casa!, le ordenó al cochero.

La carroza partió como impelida por el viento. Llegó a su gallinero, hizo desaparecer el encanto, se ocultó en su *mona de palo* y se metió entre las ropas de la cama.

*

El Príncipe se había quedado cavilando sobre eso del reino del *Bofetón*, y sólo ahora vino a sospechar que la dama tan hermosa, que vestía trajes del «sol», de «la luna» y de «las estrellas», debía tener alguna relación con aquella *mona de palo* que tan mal había tratado en tres ocasiones. ¡Su orgullo y su mal carácter habían dado origen a aquellos tres reinos! Y se acordó primero del *Estribazo*, en seguida del *Huascazo* y

después del *Bofetón*, que por los arrebatos de su enojo le había propinado.

Tenía que convencerse de la realidad. Y salió, sin fijarse en que damas y caballeros estaban pendientes de sus acciones, atropellando a unos y a otros, y pasándose a llevar a los lacayos que vigilaban la salida. Como un loco, de un salto estuvo arriba de su caballo y no paró de correr hasta llegar a las puertas del palacio. En lugar de irse a sus habitaciones, alcanzó hasta el gallinero y, para ver si allí estaba la *mona de palo*, se asomó cautelosamente por la ventana. Creció su disgusto y aumentaron sus dudas cuando la divisó tendida en su camastro durmiendo con el más profundo y pesado de los sueños. De seguro que se había equivocado... Sus sospechas carecían de fundamento... ¿Qué relación podía haber entre aquella hermosa dama del vestido del «sol», de «la luna» y de «las estrellas», con esa fea *mona de palo*?

«Me voy a volver loco, loco, decía el Príncipe, si no consigo encontrar a la misteriosa desconocida...»

Y se fué desesperado a sus habitaciones.

Por muchos días el Príncipe investigó personalmente e hizo buscar por medio de emisarios alguno de aquellos tres reinos en que había dicho que habitaba la hermosa dama de quien seguía cada vez más perdidamente enamorado. Se dedicó también a observar con insistencia a la *Mona de palo*, por si algún indicio le confirmaba en sus sospechas. Pero todo fué inútil y tiempo perdido: los emisarios decían que nadie les daba razón de aquellos reinos y que las gentes los tomaban por locos; el Príncipe, por su parte, veía que la mona no salía de su gallinero y que llenaba cumplidamente sus deberes.

*

Impaciente y desesperado, perdida toda esperanza de encontrar a la adorada prenda de su amor, resolvió realizar su matrimonio, y así lo anunció a los cuatro vientos, por medio de pregones y de heraldos, para que asistiera toda la nobleza de la Corte, del palacio de su novia y de los alrededores.

El día fijado para la boda, el Príncipe hizo poner su mejor carroza y partió para el reino vecino. Al pasar frente al gallinero, le llamó la atención que la *Mona de palo*, no saliera como tenía por costumbre, a preguntarle para dónde iba, y, picado

por la curiosidad, hizo detener el carruaje y se asomó por la ventana: la mona estaba afirmada en un rincón y no daba señales de vida. Se bajó, entró al cuarto, tentó aquella armazón de madera y se convenció de que no quedaban más que los palos... Sin poder descifrar aquel misterio, volvió a la carroza, se tiró desesperado en un rincón, dió la orden de: ¡Adelante! y siguió, con los ojos cerrados, la cabeza entre las manos, viendo ahora con más nitidez y más hermosa que nunca, a la dama desconocida.

El brusco movimiento que su carruaje hizo al detenerse de repente, vino a sacarlo de su ensimismamiento. ¿Qué había pasado? Una carroza más elegante que la de él, primorosamente adornada con flecaduras de oro, plata y seda, con lindas parejas de caballos y numerosos pajes vestidos con deslumbrante elegancia, se hallaba detenida en medio de la carretera. Cocheros y lacayos se afanaban por componer una rueda que se había desprendido de su eje. Las cortinas estaban corridas y ocultaban a la persona que iba en su interior. Se acercó el Príncipe y preguntó quién viajaba en esa carroza.

—La dama del «sol», le contestó uno de los lacayos, haciendo una profunda reverencia.

—La dama de «la luna», dijo otro, haciendo dos profundas reverencias.

—La dama de «las estrellas», respondió el tercero, haciendo tres profundas reverencias.

Fuera de sí por la emoción, el Príncipe se aproximó a la portezuela, descorrió las cortinas y divisó a la hermosa desconocida. Le hizo un respetuoso saludo y le preguntó:

—¿Para dónde viaja la hermosa dama vestida de «sol»?

—Voy a recorrer las posesiones de mis reinos, le contestó.

—¿Y cómo se llaman los reinos de la hermosa dama vestida de «luna»?

—Se llaman reinos del *Estribazo*, del *Huascazo* y del *Bojetón*.

—¿Y están muy distantes de aquí?

—Un Príncipe que va a casarse los ha grabado cruelmente en mi corazón...

—Ese Príncipe va a casarse, desesperado porque no ha podido saber de la hermosa dama del vestido de «estrellas», que es la única que reina en su corazón, le contestó todo turbado el Príncipe.

—Esa dama de los vestidos de «sol», de «luna» y de «es-

trellas», vive en una fea *mona de palo*. . . ¿Se atrevería el Príncipe a casarse con la *Mona de palo*?—le preguntó la niña.

—Con ella y con todas las monas del mundo, a trueque de ser el exclusivo dueño de la hermosa desconocida, le contestó el Príncipe. Y en prueba de ello, suba la bella dama en mi carroza y volvamos al gallinero donde la *mona de palo* yace abandonada en un rincón.

De la mano del caballero la niña descendió de su carroza y subió a la del Príncipe, el cual, sin acordarse de que iba para el reino vecino y que allá lo esperaba la novia y todos los invitados, ordenó regresar de carrera a su palacio.

Apenas un poco se habían alejado, cuando el coche de la dama, con lacayos y todo, desapareció como por encanto.

Cuando llegaron al gallinero, la hermosa niña pidió a la varillita de virtud que la volviera a su envoltura de *mona de palo* y así se presentó ante el Príncipe, que contemplaba asombrado aquella misteriosa transformación. Luego pidió la dama a la varillita de virtud que cesara todo encanto, que la volviera a su ser natural, pero con el vestido de «sol» con que había cautivado al Príncipe y los llevara ante el capellán de palacio para que inmediatamente procediera a celebrar el matrimonio.

Y allí se encontraron, sin saber cómo ni cuándo, al pie del altar, de rodillas ante el sacerdote que les echaba las bendiciones y rodeados de los reyes y todos los grandes de la corte. . .

El Príncipe y la hermosa niña fueron muy felices y no lo fué menos la primera novia, que se consoló pronto y se casó con un valiente caballero de otro reino vecino.

EL GUACHO LADRON

Un matrimonio había tenido un hijo único, el cual, por desgracia para los pobres viejos, les resultó un barrabás: No tenía paz con nadie y pasaba haciendo de las suyas por los caminos y despoblados. Como estas hazañas le parecieran pocas se propuso robar en las mismas posesiones del Rey. Los padres, que ya estaban viejos y sin energías, nada podían hacer para corregir a aquel mal hijo, del cual se veían siempre abandonados y que los tenía con el Credo en la boca, sobresaltados por el triste fin que le esperaba.

En vista de la soledad en que vivían, acordaron criar un guachito para que les ayudara en los menesteres de la casa y fuera el alivio de su vejez. El niño éste les resultó muy bueno, querendón y servicial. El hijo ladrón no lo podía ni ver, porque era honrado y siempre se negaba a acompañarlo en sus peligrosas aventuras. Una vez dijo a la madre:

—Hasta cuándo tiene este guacho ocioso calentándose a la orilla del fuego. Ya es tiempo de que aprenda a ser hombre y de que vaya a trabajar conmigo. (El sinvergüenza llamaba «trabajar» a sus continuas fechorías).

Aunque la madre se negaba a que el Guachito aprendiera a robar, como le tenía tanto miedo a aquel hijo desnaturalizado, tuvo que consentir en que lo acompañara en sus malos pasos. Aquella noche el ladrón tenía proyectado ir a robar a los propios graneros del Rey, y dijo al Guacho:

—Yo te voy a enseñar a ganarte la vida como hombre y que te dejés de llevarte pegado a las polleras de la mama y enterrado en la ceniza...

Apareja las mulas y acompáñame a buscar unos costales de trigo.

Y salieron los dos; el ladrón adelante y el Guacho detrás, arreando las mulas. Iba silbando a los animales y al mismo tiempo pensando cómo ganársela a su hermano, que se tenía por tan diablo. Llegaron a los graneros del Rey, aguitaron el ojo a los guardias, llenaron los costales de trigo y se volvieron a la casa, protegidos por la obscuridad de la noche. A medio camino, el ladrón, que siempre iba adelante, sintió que el Guacho gritaba:

—¡Perdón, señorcito! ¡No lo haré nunca más!... Si yo no tengo la culpa... Fué mi hermano el que me convidó para que viniera a robar...

Apenas el ladrón oyó esto, creyó que los guardias del Rey los había sorprendido, picó espuelas a su mula y se perdió por entre los matorrales de la montaña. El Guacho siguió muy tranquilamente su camino.

Cerca del aclarar, llegó a la casa de los viejos con sus cargas completitas y se puso a golpear, diciendo:

—¡Abra la puerta, pues, mama! Venga a recibir los costalitos de trigo...

Muy contenta la vieja al sentir que su Guacho, a quien tanto quería, llegaba sano y salvo, se levantó a abrirle y le preguntó por su hermano.

—¡No decía que era tan diablo y que me iba a enseñar a ladrón!... Y apenas sintió que los guardias del Rey nos habían pillado, arrancó patitas pa qué te quiero... Seguro que por ahí estará escondido...

A los dos días llegó el hermano, ocultándose para que no lo fueran a ver, y preguntó por el Guacho.

—En la cocina está, le dijo la madre.

Allí se encontró con él y le preguntó:

—¡Qué hubo! ¿Te pillaron?

—Me pillaron, pero me les arranqué...

—¿Y cómo te escapaste?...

—Esa es cuenta mía... Menos averigua Dios y perdona. Y a vos, ¿se te pasó el sustito?...

*

Envalentonado con el buen éxito de la aventura, otro día el hermano convidó al Guacho a robar charqui y después a robar papas. Las dos veces ocurrió lo mismo que la primera:

el ladrón tenía que huir, creyendo que los habían sorprendido y el Guacho llegaba solo a la casa, golpeando fuerte y gritando....

—¡Abra la puerta, pues, mama! ¡Venga a recibir los costalitos!..

*

El Rey estaba muy intranquilo, porque día a día iban mermando las provisiones de sus bodegas, y ordenó a los mejores de sus alguaciles que pesquisarán quiénes eran aquellos desvergonzados que se arriesgaban a llegar hasta sus mismos graneros. Pronto dieron con el ladrón y lo tomaron preso; pero éste denunció al Guacho, como único causante de los robos, y así consiguió que lo pusieran en libertad. El rey mandó buscar al Guacho y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo:

—¿Con que tú eres el ladrón de mis graneros?

—¡Yo, Su Sacarreal Majestá!—le contestó con todo desplante. ¡Y la verdad es que no me tengo por tan malo!

—¡Bravo con el mocito! exclamó el Rey, que a veces era bastante amigo de echar las cosas a broma. ¿Con que tú eres y no te tienes por tan malo, eh? Lo vamos a ver: si eres capaz de hacerme los tres robos que te voy a indicar no sólo te perdonaré, sino que te concederé lo que deseas, y si no, la vida te cuesta. Primero tienes que robarme los manteles de la mesa, cuando esté almorzando con la reina y toda la familia. Por ahora quedas en libertad...

—¡Haremos lo que se pueda—le contestó el Guacho. Y por ahora, muchas gracias, Su Sacarreal Majestá.

Y se fué para la casa, pensando cómo salir con bien de aquella difícil prueba a que el Rey lo sometía.

Lo consultaré con la amohada, pensó, y se acostó a dormir tranquilamente. La consulta debe de haberle dado buen resultado, porque al otro día se levantó más temprano que de costumbre; silbando y muy contento, se encaminó en derechura hacia el palacio. Por ahí se quedó romanceando y al primer descuido, se robó dos conejos de las conejeras reales.

Cuando su Majestad y toda la familia se hubieron sentado a la mesa para almorzar, uno después de otro soltó los dos conejos en el comedor. No es para descrito el alboroto que se produjo entre los comensales cuando de cuatro brincos los animalitos atravesaron por sobre la mesa: los niños se pararon gritando y atropellándose; la reina se desmayó en los brazos

de la dama de honor que tenía a su lado; sobresaltado el Rey, corrió en persecución de los veloces animales y tras él salió todo el personal de la servidumbre, dejando la sala sin un alma, completamente abandonada.

Este fué el momento que el Guacho aprovechó para entrar, recoger a toda prisa los manteles con la vajilla que estaba encima y escapar casi por entre las piernas de toda aquella gente, que corría para uno y otro lado a caza de los intrusos conejillos. Con el desorden que se produjo, nadie lo vió entrar ni salir de palacio. Al fin, como en ninguna parte los animales fueron habidos, el Rey hizo tocar la campanilla para que el orden se restableciera y todos volvieran al comedor.

¡Y vaya la sorpresa con que se encontraron: la mesa estaba completamente pelada!

—¡Caramba!—dijo el Rey.—¡Por los clavos de Cristo! ¡Me la ganó este Guacho pícaro! Pero de la otra no se escapará...

La reina había mandado ya poner de nuevo la mesa con otra vajilla, cuando apareció el Guacho, sonriéndose con un gran envoltorio debajo del brazo.

—Aquí le traigo a Su Sacarreal Majestá estas cositas para la mesa, le dijo al Rey,—y desenvolvió el servicio que se había llevado.

—¿Y el mantel?—le preguntó la reina.

—El mantel me pertenece, porque se lo gané a vuestro esposo en una apuesta, le contestó.

—Es verdad, tuyo es, porque te lo has ganado en buena lid, le dijo el Monarca. Llevas una; veamos ahora la segunda: tienes que robarte la pareja de caballos de mi carroza, esta noche, cuando los dos cocheros estén montados en ellos.

—Haremos lo que se pueda, le dijo el Guacho.

Y salió como de costumbre, silba que te silba, con el paquetito del mantel debajo del brazo. Llegó a la casa y se puso a golpear tan fuerte que casi echaba la puerta abajo, diciendo:

—¡Abra la puerta, pues, mama, que aquí le trago un regalito!...

Muy asustada la viejita al ver ese precioso mantel, que no se atrevía ni a tocarlo siquiera para no echarle una mancha, le preguntó de dónde lo había sacado.

—Se lo gané al Rey en una apuesta, le dijo. Guárdelo Ud., mamita, porque me va a servir cuando me case con la princesa.

—¡Niño por Dios, te habís vuelto loco!—le dijo la mama.

—*Me parece de que nó*, le replicó el Guacho riéndose, y se sentó a la orilla del fuego, a pensar cómo salir con bien de la segunda prueba a que el Rey lo había sometido.

*

Después de pensar un largo rato con la cabeza entre las manos, y como nada se le ocurriera, se dijo:

—Mejor será que salga a tomar un poco de aire; el fresco suele ser buen consejero. Y salió silbando, silbando...

Al pasar frente a la sastrería en que hacían los trajes al Rey se pegó una feroz palmada en la frente y exclamó:

—¡Aquí, está el toque!...

Con mucha facha entró a la tienda y preguntó a uno de los oficiales:

—¿Y el maestro costurero?

—El patrón, querrá Ud., decir...

—El patrón, costurero o tijerero, lo que sea: de orden de Su Sacarreal Majestad, que se ponga inmediatamente en mi presencia.

Cuando el oficialillo oyó que se trataba del servicio del Rey, salió disparado y en un suspiro volvió con su patrón. Este hizo al Guacho una gran reverencia y le preguntó qué se ofrecía a S. M.

—A Su Sacarreal Majestad se le ofrece, para esta misma noche, un traje igualito al anterior...

El sastre era un hombrecillo bajito, medio jorobado, que manejaba la lengua tan bien como las tijeras, y cuando oyó que el Rey necesitaba otro traje para esa misma noche, empezó a tirarse a dos manos los pocos pelos que le quedaban en la cabeza y a decir:

—Imposible... imposible... No hay tiempo... no hay tiempo... S. M. debe de estar loco, loco de remate... Creerá que los trajes se hacen sólo con buena voluntad... Todavía no estrena uno cuando ya quiere otro... Me mato trabajando para él y no se llena nunca... Esto se acabó... se acabó... ¡Qué S. M. se vaya a la punta de un cuerno!...

Y en el colmo de la exasperación, tiró por allá las tijeras, la tiza y la güincha de medir... Se había ido sulfurando poco a poco, a tal punto que no se daba cuenta de que estaba faltando

al respeto al Rey. El Guacho lo dejó que se desahogara, y cuando se hubo calmado, le dijo con mucha tranquilidad:

—Está muy bien, mi señor costurero: llevaré al Rey su recado y le diré que su mercé piensa que se ha vuelto loco, que no se llena nunca y que se vaya a la punta de un cuerno...

Y dió media vuelta para salir de la tienda.

Allí fué el saltar del sastrecillo por sobre el mostrador, con la agilidad de un mono, el ponerse delante del Guacho y tomarlo de un brazo para que no pudiera salir y el darle toda clase de satisfacciones para que no fuera al Rey con semejante mensaje, que podía costarle el que, mal de su grado, el verdugo le separara la cabeza de los hombros...

—De todas maneras, es imposible hacer un traje para esta noche, pero puede Ud. llevarle el que tengo por terminar y que estará en un momento más; es cuestión de rematarle los botones y sacarle los hilvanes.

—Así ya podemos entendernos, le dijo el Guacho. Lo esperaré para llevarlo yo mismo, señor tijerero...

Y se sentó muy tranquilo, mientras el sastrecillo ponía a toda su gente a dar remate al lujoso vestuario de S. M.

Como a la hora, el Guacho salía de la tienda para su casa con el envoltorio debajo del brazo. Llegada la noche, se puso barbas y bigotes parecidos a los del Rey, se vistió el traje y se fué sigilosamente para las caballerizas del palacio.

Ya estaban los dos lacayos montados frente a la puerta. Sin hacer ruido se metió al departamento en que guardaban los arneses, les cortó las patas a uno caballetes altos de madera en que ponían las monturas y las volvió a afirmar con un solo clavito, que cedía al menor movimiento. Estaba haciendo este trabajo, cuando tuvo que interrumpirlo, porque sintió unos pasos que se acercaban. Se escondió como pudo y se quedó en observación: era el Rey, que venía a prevenir una vez más a sus cocheros y les decía:

—¡Cuidado con quedarse dormidos! Si el Guacho les roba los caballos, la vida les cuesta...

Y se retiró.

Al poco rato, el Guacho, que se había provisto de tres botellas de licor, se acerca a ellos, como si fuera el Rey que volvía, y les dice:

—Aquí les traigo estas dos botellitas para que espanten el sueño; pero cuidado con quedarse dormidos, porque ese

Guacho del diablo es muy capaz de robarles los caballos, y entonces la vida les cuesta...

Y se fué sin darles la cara. La noche estaba muy oscura y el Guacho imitó tan bien la voz del Rey, que ni por la imaginación se les atravesó la idea de que pudieran haber sido engañados. Con el licor, los cocheros se anduvieron medio caramboleando, y se pusieron a conversar, a reirse de los apuros en que el Guacho se vería en esos mismos momentos y a asegurar que a la mañana siguiente le cortarían la cabeza.

—¡Qué bueno el licorcito!, decían. S. M. nos ha dejado con el gusto en la boca... Podía traernos otra botellita...

El Guacho, que oyó esta conversación, luego volvió a aparecer donde estaban, les previno que no se fueran a dejar sorprender por el ladrón y les dió la tercera botella, en la cual había echado unos polvitos que hacían dormir como marmota.

Al poco rato, estaban roncando que se las pelaban. Entonces el Guacho sacó los caballetes que había arreglado, desmontó a los dos cocheros, los subió en ellos cuidadosamente, y «muy si señor», se fué con los dos caballos de tiro.

Estaba entreaclarando, cuando el Rey llegó a las cabaillerizas, deseoso de convencerse de que el Guacho no había podido realizar su robo.

—¡Hola, mis cocheros!—les gritó. ¿No ha venido el Guacho a robarse los caballos?

—¡No, Su sacarreal Majestad! Aquí estamos sobre ellos.

—¡A dejarlos a las pesebreras!—les mandó el Rey.

Hicieron amago a volverlos; pero las patas de los caballetes se desarmaron y se dieron el feroz costalazo... Indignado el Rey, prorrumpió en grandes voces llamando a los alguaciles, y ordenó que sin pérdida de tiempo les cortaran la cabeza. Volvía rabiando a sus habitaciones, cuando le salió al encuentro el Guacho, que llevaba los dos caballos de tiro:

—Aquí le traigo a Su Sacarreal Majestad los caballitos... le dijo, con la cara más picaresca del mundo.

—¡Por los clavos de Cristo!... ¡Me la ganaste otra vez!—le replicó el Rey, sin poder disimular su indignación. Ahora tienes que hacer la última hazaña: robarte las sábanas de la cama cuando yo esté acostado con la Reina. Si ganas ésta, te concederé lo que me pidas; si nó, la vida te cuesta; ya sabes que palabra de Rey no puede faltar

—Se hará lo que se pueda, Su Sacarreal Majestá, le contestó el Guacho, aunque la prueba es bien difícililla. Por de

pronto, le ruego a S. M. que me permita dejar esos animalitos en las pesebreras de palacio para que no tengan que extrañar el pienso a que están acostumbrados.

—¡Cómo! Mis mejores caballos! ¡Siempre me pertenecen!

—Se los he ganado a S. M. y palabra de Rey no puede faltar.

—¡Verdad, verdad!—exclamó arrepentido el Monarca: me los has ganado en buena lid.

El Rey se encaminó a sus habitaciones, pensando en las medidas que había de tomar para que el ladrón no saliera con la suya, y el Guacho fué a dejar su pareja de caballos a las pesebreras de palacio. De ahí se encaminó a la casa y llegó golpeando, como de costumbre:

—¡Abra la puerta, pues, mama! Venga a ver este otro regalito.

Y dejó caer a sus pies un costal en que iban los arneses de los caballos cocheros.

—¿Qué es eso y para qué los has traído?—le preguntó la viejecita.

—Son los arneses de la pareja de caballos que van a arrastrar la carroza cuando me case con la princesa, le contestó.

—Este niño está loco, loco de remate, dijo la anciana, meneando la cabeza y apretándosela a dos manos.

—*Me parece de que nó*, le dijo el Gaucho, riéndose y haciéndole cariño...

*

El Guacho conocía perfectamente todos los aposentos de palacio y había visto que el dormitorio de la Reina tenía una claraboya. Se subió al techo y por allí observó que el Rey aseguraba bien todas las puertas, se metía a la cama después y apagaba las luces. Luego oyó que decía a su esposa:

—Este Guacho endemoniado no tiene más entrada que la claraboya. En cuanto lo vea asomar lo mato de un balazo.

En ese preciso instante, el Guacho levantó un mono de trapo relleno con aserrín que había preparado. El Rey, que no alcanzaba a distinguir bien la causa de la oscuridad, creyó que era el ladrón en persona y le disparó un balazo. Como si fuera su propio cuerpo que con gran estruendo se venía rodando techo abajo, el Guacho dejó caer un costal de piedras, que a los

reyes hizo la impresión de ser el cadáver que se venía guarda abajo.

Muy asustada la Reina, dice a su esposo que vaya a ver lo que ha ocurrido. El Rey sale y deja la puerta junta, como que va a volver en seguida.

Este fué el momento que el Guacho aprovechó para colarse calladito al dormitorio y esconderse entre las cortinas. Después de un momento, como si fuera el Rey que venía entrando se acercó a la cama, se metió debajo de la ropa y dijo a la Reina:

—Ya está todo arreglado... Ordené que enterraran el cadáver... Ese ladrón no volverá a hacer de las suyas... ¡Qué frío me dió con la levantada!... Acérquese bien, mi hijita, para que me caliente el cuerpo...

El diablo de Guacho descansó un momento muy abrazadito de la Reina y, temeroso de que luego volviera el Rey, se hizo como que oía pasos fuera de la habitación y le dijo:

—Parece que se me quedó sin llave la puerta; levántese a ver, mi hijita...

Apenas ella se dejó caer de la cama, el Guacho recogió las sábanas y, protegido por la oscuridad, sin que la Reina se diera cuenta, salió de la habitación. Unos fuertes golpes que daban a la puerta, hicieron retroceder a la Reina para ver quién llamaba y no fué poca su sorpresa cuando conoció la voz de su esposo. Estaban discutiendo para explicarse lo sucedido, cuando aparece el Guacho, se acerca al Rey y le dice, con maliciosa sonrisa:

—Aquí le traigo a su Sacarreal Majestá las sabanitas para que no duerma a raíz de las frazadas...

Fueron a ver la cama, y efectivamente, se encontraron con que las sábanas habían desaparecido. Asombrada la Reina, abrió tamaños los ojos y la boca, pero no alcanzaron a salir de sus labios las palabras.

—¡Por los clavos de Cristo!... ¡Me la ganaste, Guacho pícaro... Me doy por vencido. Ahora, pídemelo que quieras, que palabra de Rey no puede faltar.

—La mano de la princesa, le contestó al punto...

Y como palabra de Rey no puede faltar, tuvo que concederle la mano de la princesa.

*

Como el Guacho no era nada mal parecido y ya se había hecho famoso por sus hazañas, la princesa consintió de buen grado en casarse con él, a condición de que lo echaran en lejía durante tres días consecutivos, lo jabonaran bien y lo vistieran con ropas de cortesano. Después de esta transformación, el propio Guacho se quedaba asombrado cuando veía reflejada su elegante figura en los espejos de cuerpo entero que adornaban los salones. Así se presentó al Rey y le dijo:

—Su Sacarreal Majestá: No está bien que el yerno de tan poderoso Rey se presente solo a la celebración de sus bodas con la princesa. Deseo solicitar de S. M. que mi buena viejecita asista al matrimonio dignamente, como corresponde a la suegra de mi esposa, ya que desde ahora entra a formar parte de la familia real...

—También tienes razón, le dijo el Rey. Ponte al habla con el primer Ministro y que él te proporcione lo necesario para que mi consuegra acuda dignamente a todas las ceremonias.

Muy contento, el Guacho hizo enjaezar los caballos que había ganado al Rey y los puso a una de las mejores carrozas para ir en busca de su mamita, acompañado por la princesa, su novia, quien le llevaba un elegante traje de la Reina.

La viejaña estaba intranquila pensando que a su querido Guacho le habría ocurrido alguna desgracia, o que se hubiera vuelto completamente loco, a juzgar por las rarezas que hacía tiempo se le estaban ocurriendo, cuando sintió que un carruaje se detenía a la puerta de su pobre casa, y luego golpeaban, diciendo:

—¡Abra la puerta, pues, mama! Aquí le traigo el último y más hermoso de los regalitos...

A la viejecita se le alegró el corazón al oír aquella voz y salió a abrir apresuradamente la puerta. No poco le costó reconocer a su Guacho, que iba elegantemente vestido y acompañado de aquella dama tan hermosa. La princesa le echó los brazos al cuello y luego empezó a vestirla con el traje de la Reina y a arreglarla como a una señora principal. La mama no se veía nadita de mal y lloraba de gozo al considerar la felicidad que se le venía encima, debido al bueno de su Guachito.

Las bodas se celebraron con gran pompa. El Guacho llegó a ser el Primer Ministro del reino; pero no por ésto se puso

soberbio ni orgulloso; al contrario, fué modesto y bueno con todos, hasta con su hermano, el ladrón, a quien le confirió un gran empleo fuera de la Corte después de jurarle que abandonaría para siempre sus malas costumbres.

*

En los Archivos del Reino de donde el Autor sacó la crónica que se acaba de relatar, encontró un agregado que decía textualmente:

Nota importante: A los nueve meses justitos después del robo de las sábanas, se produjo un hecho que toda la Corte tuvo por milagroso: la reina dió a luz un niño que poco a poco se fué pareciendo tanto al Guacho ladrón, que con el tiempo llegó a ser su vivo retrato. El Rey, los Ministros y todos los cortesanos, vieron en ésto la manifestación clara y evidente de un milagro que ponía de manifiesto los méritos que el yerno tenía para ser el niño mimado de toda la Corte y muy especialmente de la Reina...

Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

—Por ser de argumento parecido al de «El Guacho Ladrón», dijo el *compadre Manuel Josías*, yo les voy a contar el de

EL CHIQUITIN VALIENTE Y DISCRETO

Este era un Rey que tenía por enemigo un descomunal Gigante, el cual para hostilizarlo, le hacía todo el daño que sus malas artes inventaban. De cuantos robos le había hecho, dos eran los que el Monarca más echaba de menos por la alta estimación que les tenía: la lora de garganta de cristal, que con sus charlas lo distraía de las graves preocupaciones del gobierno, y la colcha con campanillas de oro, precioso recuerdo heredado de sus mayores. Había prometido las más grandes recompensas y aún la mano de una de las princesas, al valiente que vivo o muerto condujera al Gigante hasta el palacio; pero todos los caballeros que tentaron la aventura pagaron su atrevimiento con la vida, de modo que los habitantes del reino pasaban con el alma en un hilo presintiendo las mayores calamidades de parte de aquel Gigante que parecía invencible, y la pena del Rey aumentaba momento a momento, pensando que nunca volverían a su poder ni la lorita de garganta de cristal, ni la colcha con campanillas de oro.

Por esos días llegó a oídos del Monarca la noticia de que en una cabaña distante de palacio, vivía un muchacho a quien llamaban el *chiquitín valiente y discreto*, el cual había dicho que él era bien capacitado de recuperar los robos y de tomar preso al Gigante. Sabedor de ésto S. M., mandó a cuatro de sus alguaciles para que sin pérdida de tiempo lo llevaran a su presencia.

El Chiquitín no sólo tenía mucha fuerza sino que la fama de su astucia y de sus habilidades se había extendido por todos esos contornos. El Rey se quedó mirándolo de arriba a abajo y al verlo tan joven y pequeño de estatura, dudó de que pu-

diera llevar a cabo las empresas en que habían fracasado tantos valientes caballeros, y le preguntó:

—¿Verdad que tú has dicho que eres capaz de robar al Gigante la lora de garganta de cristal y la colcha con campanillas de oro y aún de traerlo preso hasta mi propio palacio?

—Así es, S. M...

—¿Y te atreves a mantener tu palabra?

—Sí, me atrevo, S. M...

—Pues bien: te daré la recompensa que me pidas si cumples tu propósito; pero si nó, la cabeza te cuesta. Si algo necesitas, pídelo al Gran Proveedor, que todo te será concedido.

—Gracias, S. M. Procuraré satisfacerlo para ganarme la recompensa, le dijo el Chiquitín.

Antes de partir en demanda de su aventura, pasó por las despensas reales y se llenó los bolsillos de nueces pasadas por aguardiente.

Los dominios del Gigante estaban río de por medio con los dominios del Rey, como a una legua de distancia, y para allá se encaminó muy determinado.

*

El Chiquitín corría como un gamo, nadaba como un pez y tenía las fuerzas de un gigante. A poco andar, se dijo:

—«Voy a echar una carrerita para calentar el cuerpo», y en menos que canta un gallo, recorrió, sin el menor cansancio, la larga legua que había para llegar al río. Este era muy caudaloso y antes de tirarse a nado para atravesarlo, se dijo:

—«Buscaré la parte más ancha para hacer un poco de ejercicio», y nadando, a veces de espaldas, de costado, de pie, por debajo del agua, en un Jesús llegó a la orilla opuesta.

El Chiquitín sabía que el Gigante no abandonaba la vigilancia de la puerta del castillo en que vivía y que precisamente estaba despierto cuando tenía los ojos cerrados y dormido cuando tenía los ojos abiertos. Sólo muy tarde de la noche se recogía a la enorme sala en que tenía con su esposa el dormitorio, y a cuya entrada estaba la jaula con la lora de la garganta de cristal. Cuando, con el mayor sigilo, llegó el Chiquitín a las puertas del castillo, divisó dos luces como brasas que iluminaban gran parte del camino.

—«El Gigante está durmiendo», pensó, y sin hacer el

menor ruido, se coló hacia el interior, llegó a donde estaba la lora y empezó a darle de las nueces borrachas que llevaba. Ni tiempo de hablar tenía la lorita entusiasmada con aquel delicioso regalo. Cuando ya estuvo más que a media mona, el Chiquitín descolgó la jaula y dándole siempre de las nueces, iba avanzando con toda prudencia hacia el portón de salida. Sólo cuando la lora vió al gigante, se vino a dar cuenta de que se la llevaban y se puso a gritar con toda la energía de su garganta cristalina:

—¡Patrón, que me roba el Chiquitín!... ¡Patrón, que me roba el Chiquitín!...

Cerró repentinamente los ojos el Gigante y vió que un bulto le saltaba por encima. Se paró y salió en su seguimiento, guiado en medio de la oscuridad por las voces de la lora, que no cesaba de gritar:

—¡Patrón, que me roba el Chiquitín! ¡Patrón, que me roba el Chiquitín!...

A pesar de que el Chiquitín corría como un gamo, los enormes zancajos del Gigante lo alcanzaron en la orilla del río y ya le iba a echar la garra encima, cuando de un salto prodigioso se tiró al agua y empezó a nadar de pie con tanta ligereza como si fuera corriendo por la llanura, y llevando en alto la jaula con la lora, cuyos gritos de auxilio todavía eran oídos por su amo.

El Gigante se metió también al río y avanzó hasta que el agua le llegaba al cogote; pero ahí quedó, porque no sabía nadar, y se puso a proferir insultos en contra del ladrón con voces tan estruendosas, que su aliento llegaba a levantar olas en medio de la corriente. Volvió luego a la orilla y disparó al fugitivo un enorme peñasco; pero ya era tarde: el tiempo que él había perdido en volver de nuevo a la orilla, el Chiquitín lo había aprovechado para llegar a la ribera opuesta sin el menor contratiempo.

Magnífica fué la recepción que el Rey hizo preparar en palacio para celebrar la hazaña del *Chiquitín valiente y discreto*. Allí estaban la Reina, las princesas, los príncipes los Ministros y todos los grandes de la Corte. A indicación del Rey, el héroe de la fiesta se había vestido con el traje de gala de uno de los príncipes—que le quedaba cual si hubiera sido hecho a su medida,—y como era muy simpático y de buena presencia, en nada desdecía de los caballeros asistentes al gran baile que siguió a la comida y que duró hasta las primeras luces del alba.

Tres eran las hijas del Rey, cual de ellas más hermosas y agraciadas. Parece que desde el primer momento al *Chiquitín* le llenó el ojo la menor de las princesitas y parece también que a ésta no le fué indiferente la simpatía del muchacho, realzada aún más por la aureola de triunfo que le daba su hazaña, la cual lo hacía superior a los otros donceles de la corte. Durante toda la noche no se despegó de su lado y fueron muchas las veces que la hermosa niña se apartó con él a un extremo del salón para iniciar a su compañero en las danzas y contradanzas de moda en los saraos de la corte, que para el *Chiquitín* eran desconocidas y se le figuraban escenas fantásticas y maravillosas, imposibles de existir en la realidad.

Cuando llegó el momento de retirarse, el Rey llamó a un lado al *Chiquitín* y le dijo:

—Esta recepción te habrá dado a entender el regocijo que todos experimentamos por tu primera hazaña; pero es necesario que sigas adelante para que obtengas la recompensa que quieras solicitar. Te corresponde, pues, traerme la colcha con las campanillas de oro.

—Ahora pondré más empeño que nunca, le contestó el *Chiquitín*: o traigo a S. M. la colcha con campanillas de oro o tengo que morir en la demanda.

—Lleva mi bendición, le dijo el Monarca, y que salgas con bien de esta peligrosa aventura,

El muchacho recibió de rodillas la bendición, besó la mano a S. M. y de a dos peldaños bajó las escaleras de palacio, sin despegar la vista de los balcones en que tenían sus aposentos las princesas. Su afán de enamorado creyó ver que una pequeña manecita recorría una de las cortinas y que un rostro bello y sonriente asomaba por entre las celosías.

Esto dió más valor a su corazón y puso alas en sus pies. En menos que canta un gallo ya estuvo a la orilla del río; de cuatro braceadas lo atravesó y aguitándole el ojo al Gigante, mientras estaba comiendo con su mujer, se escondió debajo de la cama.

*

De muy mal humor estaba el Gigante a causa del robo de la lora y sin siquiera dar las «buenas noches» a la Giganta, que ya se había acostado, se metió a la cama y le volvió brusca-mente las espaldas... Mi buen *Chiquitín* ni respiraba debajo

de aquella cama de proporciones descomunales y cuando notó que el matrimonio giganteo se estaba quedando dormido, le dió un tirón a la colcha del lado de donde dormía la giganta. Muy enojado el marido, se endereza en la cama y le dice:

—¡No me molestes! ¡Déjate de estar tirando la colcha para tu lado!... Y se volvió a acostar sin esperar contestación.

Al poco rato, el *Chiquitín* dió a la colcha un fuerte tirón del lado del Gigante. Ahora fué la mujer la que se irguió muy airada y dijo a su marido:

—¡Muy bien!... ¡No me tires la ropa!... ¡Estáte sosegado o me voy a dormir a otra parte!...

El Gigante prefirió más bien no contestarle, se arropó cuanto pudo e hizo lo posible por quedarse dormido; pero al poco rato, otro tirón de la colcha lo dejó medio destapado, y en seguida, un nuevo tirón dejó a la Giganta con las prominencias al aire, y se sucedieron tirones y tirones, como si él y ella estuvieran furiosos peleando por cubrirse con la mayor parte de la ropa. Entonces sí que la pelotera fué grande y reñida, porque Giganta y Gigante se pusieron a tirar de la colcha cada uno para su lado, sin aflojar un pelo, hasta que, aburrido él, se dejó caer de la cama y se arrellanó en un rincón de la pieza; ella, por no ser menos, se tiró catre abajo y se tendió en otro rincón.

Este fué el momento que mi buen *Chiquitín* aprovechó para ir poquito a poco corriendo y enrollando la colcha; lo más silenciosamente posible, hasta que pudo ocultarla debajo del brazo y escapar por la ventana; pero, al saltarla, sonaron algunas de las campanillas, cerró los ojos el Gigante, divisó aquel bulto que huía tan apresuradamente y salió en su persecución...

Patitas pa qué te quiero, el *Chiquitín* corría como un conejo para llegar al río antes que lo alcanzara. Y así sucedió cuando ya estaba a punto de echarle la manaza encima. De un brinco formidable fué a dar lejos de la orilla, se enrolló la colcha sobre la cabeza y siguió dando brazadas enormes, mientras el Gigante se tiraba las mechas a dos manos sin poder seguir tras él y oyendo como si le hicieran burla, las sonoras campanillas de la colcha, que tintineaban a cada esfuerzo que el muchacho hacía para avanzar.

Esta vez las fiestas en palacio fueron más suntuosas y esplendentes que en la primera ocasión. El Rey abrazó al héroe delante de todos los Ministros y cortesanos y le dió colocación cerca del trono, entre los príncipes que se sentaban a su diestra;

pero la verdad es que el *Chiquitín* hubiera preferido un asiento más próximo a las princesas y desde donde cierta personita no le quitaba los ojos de encima...

Luego se puso fin a la parte oficial de la ceremonia y pasaron al gran comedor de los regios banquetes, donde el *Chiquitín valiente y discreto* escogió asiento al lado de la princesita de sus afecciones. Y vino después el baile, y los ensayos de danzas, y la tierna despedida en el parque, a la luz de la luna, poco antes del amanecer...

Ahora fué cuando el Rey llamó aparte al *Chiquitín* y le dijo:

—¡Te has portado como un valiente! Pero te queda aún la prueba más difícil; hago votos por que la llesves a feliz término para que te hagas acreedor al premio que tengas escogido. Vivo o muerto tienes que traerme al Gigante. Como palabra de Rey no puede faltar, sabré cumplirla debidamente; pero, asimismo, por doloroso que me sea, si no sales con bien, te haré cortar la cabeza.

El *Chiquitín* le contestó:

—Ahora veo más próxima que nunca la realización de mi felicidad: vivo he de traer al Gigante o ahorraré a S. M. el dolor de hacerme cortar la cabeza, porque moriré en la demanda.

Y partió. . Al pasar por frente a los balcones de las princesas, tuvo la ilusión, o por lo menos a él tal le pareció, de que un pañuelito lo despedía desde detrás de una cortinilla de seda.

*

El *Chiquitín* pasó el río y se internó en uno de los bosques que estaban en los dominios del Gigante, se pintó de negro la cara y con un hacha de que iba provisto, empezó a derribar los árboles más macizos y frondosos, los cuales caían con un estruendo formidable, pasándose a llevar a cuantos menores encontraban a su paso. Al oír esto, el Gigante salió desahorado a ver quién era el intruso que invadía sus posesiones y se entretenía en echar abajo sus preciosos árboles.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó, con ademanes tan furibundos que parecía que ya se lo iba a tragar.

—Estoy cortando madera para hacer un ataúd en qué encerrar a un pícaro ladrón...

—¿A un ladrón?... ¿Será el mismo que me ha robado la

lora de garganta de cristal y la colcha con campanillas de oro?

—El mismo, el mismo debe de ser...

—¡Oh! A mí me tiene muy picado y ofendido: tengo que dar con él y matarlo. Si es el mismo yo te ayudaré, le dijo el Gigante.

Y sin más, se pusieron a aserrar las tablas necesarias para hacer un gran ataúd. Al Gigante no dejaron de llamarle la atención las dimensiones de las tablas y preguntó al *Chiquitín*:

—¿Para qué vamos a hacer un cajón tan grande?

—Para que no quede tan apretado, le contestó.

—¿Y por qué tan firme?

—Porque tiene muchas fuerzas y se puede salir.

Durante largo rato estuvieron ajustando y clavando las tablas del fondo y de los costados y cuando ya el cajón tuvo los agujeros abiertos y la tapa superior en punto de ponérsela, el *Chiquitín* dijo al Gigante:

—Parece que no está lo bastante firme como para soportar a un ladrón tan pesado... Sería cuestión de hacer la prueba... ¿Por qué no se mete Ud., que es más grande que yo, a ver si lo aguanta?...

—Con mucho gusto, le dijo el Gigante, y se tendió de espalditas, cuan largo era, en el fondo del cajón.

Entonces el *Chiquitín*, que tenía todo listo, en un santiamén le puso la tapa encima y la remachó con tornillos, clavos y toperoles. Cuando el Gigante se vino a dar cuenta de que había caído en la trampa, ya estaba tan seguro que le era imposible mover pies ni manos y eran inútiles los esfuerzos que hacía para salir de aquella prisión que lo ahogaba. Prorrumpió entonces primero en amenazas y después en súplicas y promesas para que lo dejara en libertad; pero el *Chiquitín* no tenía tiempo de oírle ocupado como estaba en arreglar unos firmes cordeles que le permitieran arrastrarlo hasta la orilla de río. Aquí lo echó al agua y sirviéndose del cajón a manera de balsa, arribó a la orilla opuesta.

Envió entonces emisarios el Rey para que mandara gente que le ayudase a transportar aquel enorme peso. Mientras llegaban, el Monarca convocó a todos los habitantes del reino, y él mismo no tuvo a menos salir a recibirlo, encabezando el gran desfile de los príncipes, Ministros y demás grandes de la Corte; intertanto, la Reina, las princesas y damas más copetonas preparaban la gran recepción en los salones de palacio. A la caída de la tarde tuvo lugar la entrada triunfal del *Chiquitín*.

valiente y discreto, al lado del Rey y seguido de los personajes principales.

En medio de las fiestas, que tuvieron caracteres nunca vistos en el reino, el Monarca hizo acercarse al *Chiquitín* hasta su trono y le dijo, con voz emocionada y solemne, que fué escuchada con respetuoso silencio:

—Por tu valor y tu audacia, bien mereces la recompensa que vas a solicitar. Pídeme lo que quieras y al punto te será concedido.

—Es de tan alto valor lo que voy a pedir a V. M. que me faltan palabras para decirlo...

—Pide, pide no más, le insistió el Rey, que aunque sea la mitad de mi reino, te lo concederé.

—Vale más que todo un reino, V. M.: deseo la mano de vuestra hija menor; pero sólo en el caso de que ella espontáneamente consienta en ser mi esposa.

—Por mi parte, concedido, dijo el Rey, y llamando a la princesita, le preguntó: ¿Consientes en ser la esposa del *Chiquitín valiente y discreto*?

La princesa se puso coloradita como la grana, se le anudaron las palabras en la garganta y por toda contestación avanzó hasta donde estaba el héroe de la fiesta y le alargó su pequeñita mano...

Una salva de aplausos saludó aquel compromiso matrimonial.

—¡Aquí el jefe de mis guardias!, dijo en seguida el Rey. Y cuando éste estuvo en su presencia, agregó:

—Para que el regocijo sea completo en este día de júbilo para mi reino, disponed que se prepare una gran fogata para que en ella se arroje el cajón que contiene a ese miserable de Gigante. Y tengan todos presentes que de esta manera acabará sus días cualquier malandrín que venga a turbar la tranquilidad de mis vasallos.

Y siguieron las fiestas, que se alargaron días y noches, hasta que se celebró el matrimonio del *Chiquitín Valiente y Discreto* con la linda princesita.

Y colorín colorado,
este cuento se ha acabado.

«PARA LA HERMOSA BELLA»

Erase un caballero viudo que tenía tres hijas. Como le fuera mal en los negocios que había emprendido en la ciudad, resolvió abandonarla para vivir lejos de ella con toda economía y rehacer su fortuna. Así lo comunicó a sus hijas; pero las dos mayores que estaban acostumbradas a pasar en medio de bailes y fiestas, sin hacer otra cosa que preocuparse de trajes y del arreglo de sus personas, por nada del mundo querían irse al campo, donde se iban a aburrir soberanamente, no recibirían visitas y serían remotas sus esperanzas de casarse.

El padre se puso en sus trece y les dijo:

—Hijas mías, es inútil toda protesta. Bien querría yo que ustedes siguieran viviendo con el lujo y las comodidades que hasta ahora he podido proporcionarles, pero ya mi situación no lo permite. Estoy completamente arruinado; no tengo ni con qué pagar una sirvienta. En adelante, todo tendremos que hacerlo nosotros mismos. Peor sería quedarnos en el pueblo. Cuando se dieran cuenta de nuestra pobreza, nos despreciarían los que ahora nos halagan; huirían de la casa los mismos que en la actualidad nos visitan y hasta nos negarían el saludo. Antes de pasar por tales humillaciones, toquemos oportunamente retirada.

Aunque de bastante mala voluntad, las dos hijas mayores, más que convencidas por los razonamientos del padre, tuvieron que ceder ante la firmeza con que había tomado su resolución; sólo la menor, que se llamaba Bella, se mostraba satisfecha y prometía tomar sola a su cargo todo el manejo de la casa. Y no hubo más remedio que allanarse a lo que el padre había dispuesto.

Hacia como seis meses que estaban en el campo—siempre

muy descontentas las dos mayores y muy alegre y hacendosa la menor—cuando una noche el padre les dijo que tenía que ir al pueblo y que quería traerles el regalo que cada una le pidiera. Las mayores se llegaban a arrebatar las palabras para encargarle cuantas cosas de lujo se les ocurrieron—cintas, sedas, cortes de vestido, peinetas para el pelo anillos, brazaletes y collares;—la menor no despegaba los labios y al preguntarle el padre qué quería, ella le contestó:

—Nada necesito, papá. Tengo de todo; ninguna cosa me hace falta.

—No, hija mía. Algo debes pedirme. Tus hermanas ya me han hecho sus encargos.

—Sólo por darle en el gusto, le voy a rogar que me traiga una rosa blanca, le dijo entonces la niña.

Al otro día, muy temprano, salió el caballero en dirección a la ciudad. Después que hubo despachado sus negocios, se preocupó de los regalos para sus hijas y adquirió lo que sus medios le permitieron de lo mucho que las mayores le habían encargado; pero en ninguna parte pudo encontrar la rosa blanca que le pidió la menor.

*

Regresaba a su casa pesaroso de no haber satisfecho el deseo de la que era la mejor de sus hijas, cuando pasó frente a un gran edificio rodeado de hermoso jardín. Precisamente, sobresalía por sobre la reja, un lindo rosal cargadito de flores blancas. Golpeó repetidas veces, pero nadie acudió a su llamado.

—Qué tanto será, se dijo, que corte una rosa para llevarle a mi hija.

Miró que no hubiese nadie y tomó la más linda. Apenas lo había hecho, cuando apareció un dragón de tres cabezas y le dijo furibundo, echando chispas por los ojos, que se le encendían como brasas:

—¡Ah, pícaro, que me vienes a robar las flores de mis rosales!

Más muerto que vivo el pobre hombre al ver aquel monstruo, brotado quién sabe de qué parte, le dijo temblando y con los ojos llenos de lágrimas

—Perdóneme, señor Dragón. No creí que fuera tan grande

mi delito. Corté esa rosa para llevarla como único regalo a la hija más buena y más querida que tengo.

—¡Son vanas tus excusas, pícaro ladrón! De aquí no podrás salir y te devoraré presa a presa, si no me prometes traerme a tu hija que te será devuelta en el plazo de un mes.

—Está bien, señor Dragón. Si ella quiere venirse, se la traeré, y si nó, vendré a entregarme para que me devore presa a presa.

Pensando en su desgracia y en que el delito no era tan grande como la magnitud de la pena, llegó a su casa, y disimulando en lo posible su dolor, se puso a repartir los regalos a las dos hijas mayores, que muy contentas se apartaron a examinarlos y admirarlos. Cuando entregó a Bella la rosa blanca, le dijo:

—Hija mía, no sabes lo que me cuesta ese regalo.

—¿Por qué, papá?, le preguntó la niña.

Entonces él le contó la historia de aquella flor y el precio que el Dragón exigía por ella.

—¿Y por eso no más se apura? No tenga cuidado... Lléveme mañana mismo, si quiere.

*

Al día siguiente partieron padre e hija, haciendo doloroso contraste: él muy apenado, derramando lágrimas por la suerte que iba a correr su querida hija; ésta, tan contenta como si la llevaran a casarse con un príncipe.

Llegaron frente a la casa del Dragón y por sí sola se abrió de par en par la pesada reja, como invitándolos a pasar adelante. Entraron, y todas las puertas se abrían y cerraban a su paso, sin que se vieran criados, doncellas ni alma nacida que habitara aquella mansión encantada. Pasaron a un gran salón con riquísimos muebles. Admirados se quedaron contemplando tanta preciosura, y la admiración creció de punto, al ver en los sillones, en los sofás, en los espejos, en cada uno de los objetos, letreros que decían: «*Para la Hermosa Bella. Para la Hermosa Bella...*»

Otra puerta, que también se abrió por sí misma, les dió entrada a un suntuoso comedor. La mesa estaba puesta con dos servicios de plata como esperando a los invitados. En el centro había fruteros de oro colmados de frutas exquisitas, botellas y

jarras de cristal con vinos y licores añejos y perfumados; copas de variados colores, vajillas completas de porcelana de la China. Del techo pendía una gran lámpara de cristal con lágrimas innumerables que descomponían las luces en maravillosos arco-iris. De ella colgaba un letrero que decía: «*Para la Hermosa Bella*». En aparadores, trinchas, espejos, cuadros—todo ello de la más extraordinaria fabricación—se leía siempre: «*Para la Hermosa Bella... Para la Hermosa Bella...*»

Siguen abriéndose misteriosamente las puertas, pasan por una antesala y llegan al dormitorio. Lo primero que aparece ante los ojos asombrados de los visitantes, es un rótulo de oro, que dice «*Para la Hermosa Bella*», colocado en los finos cortinajes de una marquesa con pabellones, que llena la mitad de la habitación.

¡Qué maravilla de divanes de brocato, de alfombras de Smirna, de cortinas de oro y seda, de espejos de cuerpo entero, de peinadores de caoba y mármoles de raros dibujos, relucientes de preciosos utensilios, como para el tocador de la más encumbrada princesa!

Y en divanes y cojines, espejos y peinadores el mismo letrero, que se repetía en cada uno de los muebles: «*Para la Hermosa Bella... Para la Hermosa Bella.*»

Un guía invisible abrió nuevamente las puertas que daban al comedor. En el asiento principal decía: «*Para la Hermosa Bella*».

Lo ocupó la niña y una mano misteriosa empezó a servirle, como si cayeran del cielo, platos de las viandas más exquisitas.

Quiso también el padre sentarse en una de las sillas, al lado de su hija, pero una fuerza extraña se lo impidió y tuvo que quedarse de pie. Viendo que a él nada le servían, estiró la mano para tomar siquiera alguna fruta; pero, al mismo tiempo que recibió un golpe en los dedos, oyó una voz que le decía: «*Para la Hermosa Bella...*» Quiso entonces vaciar una copa de aquellos vinos generosos, y de nuevo lo detuvo el golpe en la mano y la voz que le repetía: «*Para la Hermosa Bella...*»

Cayó entonces en la cuenta de que todo aquello sólo estaba reservado para su hija y, aunque con hartó sentimiento, tuvo que desistir de acompañarla en el almuerzo, a pesar de que la boca se le hacía agua a la vista de tantos manjares deliciosos.

A todo esto, no podía conformarse con dejar a su hija en aquella casa misteriosa, donde, aunque rodeada de tantos lujos

y comodidades, de un momento a otro aparecería el Dragón para devorarla. Pero la hermosa Bella se sentía muy bien y muy contenta, a tal punto que le dijo:

—Váyase tranquilo, papá: Tenga confianza en que nada malo ha de sucederme. ¿No vé que algún príncipe encantado ha dispuesto que todo esto sea para mí?

En vista de que las atenciones no eran para él, de que cualquiera resistencia podía despertar la furia del Dragón y de que las puertas se abrían como invitándolo a salir, no tuvo más remedio que volverse por donde había venido, conformándose con encomendar a su buena estrella la suerte de su hija.

Llegada la noche, la niña se retiró muy confiada a su dormitorio. Aún no se había quedado dormida, cuando sintió abrir suavemente una puerta, que alguien se le acercaba y le decía:

—Hermosa Bella, no tengas ningún temor. Soy un príncipe encantado en forma de feo Dragón; pero en las noches vuelvo a mi ser natural. Dentro de un mes, el encanto desaparecerá y serás mi esposa.

Desde entonces, la niña cuidaba y atendía con el mayor cariño al horrible Dragón, que la seguía por todo el palacio y la acompañaba al almuerzo y la comida.

*

Viendo las hermanas que la niña no regresaba, averiguaron al padre qué había sido de ella, y no satisfechas con la contestación que les dió, resolvieron ir a observar lo que pasaba en aquella casa misteriosa. Se asomaron por entre las enredaderas y rosales que cubrían la reja y quedaron asombradas al ver a un feo Dragón que descansaba sus tres cabezas sobre las rodillas de su hermana y que ésta se complacía en acariciar amorosamente. Decidieron entonces llamarla a la casa para interrogarla y satisfacer por completo su curiosidad.

Esa noche, la niña pidió licencia al príncipe para acceder a la petición de sus hermanas. Este le dijo:

—Te voy a conceder el permiso que me pides; pero ten presente que debes estar de vuelta antes de las 10 de la noche. Un minuto de tardanza causaría mi muerte.

La Hermosa Bella así lo prometió de todo corazón y salió para la casa de su familia. Allí contó a sus hermanas la historia

del príncipe encantado y cómo le había concedido permiso sólo hasta las 10 de la noche y que el más pequeño atraso sería causante de su muerte. Envidiosas sus hermanas, se propusieron demorarla en su regreso e inventaron toda clase de pretextos para retenerla, Aunque la niña pasaba pendiente de la hora, vino a partir cuando faltaban muy pocos minutos para las 10. Salió corriendo, sin hacer caso de las asperezas del camino, sin detenerse a recoger una zapatilla que se le desprendió, y alcanzó a llegar cuando los relojes estaban a punto de dar la última campanada... Al pie del rosal, el Dragón estaba agonizando... Se arrojó sobre él, lo cubrió de caricias y regó con sus lágrimas las cabezas, ya prontas a fene- cer... En medio de sus sollozos, le explicó que no ella sino sus hermanas, eran las culpables de que hubiera estado en peligro de llegar atrasada y le suplicó que le otorgara su perdón.

—Te perdono, porque tu amor es superior a tu falta, le dijo el Dragón, vuelto ya a todas sus energías; pero tus hermanas tendrán el castigo que merecen por su maldad.

Al poco tiempo se cumplió el plazo en que debía terminar el encanto y el Dragón se convirtió en un apuesto doncel. Al día siguiente hubo grandes fiestas en palacio para celebrar las bodas de la hermosa Bella con el joven príncipe. Desde la puerta principal del salón de recepciones, los novios contemplaban el desfile de la nobleza invitada a la ceremonia. También debían asistir las dos hermanas mayores. Muy contentas y elegantes venían éstas, pensando que más de alguno de los grandes de la Corte irían a solicitar su mano, en atención al parentesco que desde ahora iba a unir las con el Príncipe. Cuando éste las divisó, dijo a la hermosa Bella:

—Faltan a la entrada del palacio las estatuas de dos mujeres envidiosas que tengan como castigo el estar contemplando siempre tu felicidad. Y éstas van a ser tus hermanas.

Inmediatamente ambas se hicieron humo y todos vieron aparecer dos estatuas de mármol negro que completaron los adornos del pórtico del palacio.

Y éstos fueron el premio de las bondades de la hermosa Bella y el castigo de la envidia y la maldad de sus dos hermanas mayores.

Vulgarismos usados en «Cuentos tradicionales»

A

achuyuncarse (achulluncarse) = encúclillarse.
alifafes (con sus) = con sus pelos y señales.
alorosar = oler.
arrancar = huir, escapar.
arrevesado = enrevesado.
atingirse = afligirse, deprimirse.
áuja = aguja (No caberle una aguja, un alfiler = muy asustado).
aujero, áujero = agujero.

B

bajujo (por lo) = en voz baja, por debajo.
boca (hacerse agua la) = deseo de compartir lo apetitoso con el que está
(comiendo).
boñicho = bonito.
bruñuelo = buñuelo = frito de masa.
¡buen dar! = ¡bienhaya! ¡vaya, vaya!

C

cabrear (estar cabreado) = aburrido, resabiado, hostigado.
cachar = sorprender, aguaitar, catear.
cachirulo = crespo, bucle, tirabuzón del pelo.
cancha (pararse en) = poner tropiezos.
carambolearse = picado, cufifo, a media mona, semi borracho.
casillas (salir de sus) = saçarlo de paciencia.
ceirón = cedrón = planta medicinal.
cequia = acequia.
conociencia = conocimiento.
cocaví = provisiones de viaje.
contra ná = inútilmente.
contimás = cuanto más, aunque.

cuantuá = cuanto há, tiempo hace.
 curarse = embriagarse.

CH

chacharachas = paliques, palabras inútiles.
 chamizas = leña menuda, cáscaras de los árboles.
 charlón = chalón = pañuelo de rebozo.
 chércan = mazamorra de harina tostada en agua caliente.
 chifladura = locura, monomanía.
 chorear = protestar, refunfuñar.
 chuche = chato, abollado, arrugado.

E

echarlas = irse, huir.
 echarse para atrás = no querer, arretacarse, arrepentirse.
 encachao = encachado (mal) = feo, ceñudo, mala cara.
 estuata = estatua.
 encapillado (con lo) = con lo puesto.

F

fachurfa = fechoría.
 fregar la pita, la paciencia = fastidiar, molestar.

G

gombilla = bombilla = tubo de lata (metal) para tomar mate.
 guachalomo = lonja de carne pegada al lomo, solomo.
 guachapear = arrebatarse, robar.
 guachucho = aguardiente ordinario.
 guaina = joven, mozo bien desarrollado.
 guareno = ratón grande.
 guargüero = garguero.
 gurupita = ¿bolsita?

H

hacha (dar, pegar con el mocho del hacha) = con el reverso del hacha,
 con lo más duro: ni así ceden los porfiados).
 hacha (irse encima de hacha) = violentamente, atropellándose.
 huasca (dar) = pegar y pegar, seguir sin vagar.

I

ir por toca = cada uno cuando le toca o corresponde.
 ivierno = invierno.

L

- lacho = templado, enamorado.
 lado flaco = pie de que cojea, punto débil.
 lesano = leso, tonto, necio.
 leso (el más leso carga el arpa) = al más tonto se le carga la mano.
 lumbral = umbral.
 lutual = lo actual.

M

- machote (puerta cerrada a) = firmemente, a golpes.
 maldadoso = que hace maldades.
 malicia (con) = con aguardiente u otro licor fuerte.
 malucón = maluco, algo enfermo.
 mases y menos = su más y su menos = sus bondades y defectos.
 matutines = chacharachas iniciales y finales en los cuentos.
 mechás = pelos tiesos de la cabeza.
 mechonear = tironear del pelo.
 medianos (los) = los pequeños, de escasa fortuna.
 melecina = medicina.
 mistos = mezcla de yerbas medicinales.
 mocoso = chiquillo maldadoso.

N

- nuco = ave nocturna de rapiña, buho.

P

- paliqúe = conversación sin importancia; empalicar = engañar.
 parvá = parvada = conjunto de chiquillos.
 patagua = hermoso árbol chileno. «Susto patagua de grande» = enorme, espeluznante.
 pelaero = peladero, yermo.
 pensión = tristeza, melancolía.
 peros (tener sus) = sus defectos.
 pierna de Judas = un barrabás, de malas costumbres.
 pítear (contra ná) = pítear (pitar) inútilmente en demanda de auxilio.
 polvaera = polvareda.
 ¡pucha! = interjección = ¡por la maire!

Q

- quique (melón) = los últimos de la cosecha; se dice de los cilíndricos y alargados.

P

pallares = especie de porotos.

piedra (por la pura) = sin ningún provecho.

ponerse en sus trece = insistir, porfiar, salir con su propósito.

R

rempujón = empujón.

renguear = cojear, renquear.

rinde = rendimiento, producto de las cosechas.

romancear = vagar cerca de un punto, al aguaito de la oportunidad para hacer algo vedado.

S

sacarreal = sacra y real.

sandfa inverniza = de pulpa amarilla, que se da al fin de temporada.

santo mocarro (hacerse el) = el santurrón, el santo, el inocente.

salir con la suya = hacer su capricho.

saliva (tragar) = el deseo reprimido de querer participar de lo que otro está comiendo; dentera.

T

tacho = vasija de metal para calentar agua.

tarros (arrancarse con los) = desentonar, hacer una barbaridad.

tiro (al) = al instante, inmediatamente.

torelancia = tolerancia.

tranquilino = tranquilo.

trintre (gallina) = de pluma crespa.

V

varao = varado = estacado, sin moverse.